

ORGANIZACIONES Y MOVIMIENTOS JUVENILES EN MONTEVIDEO:

ESTADO DE SITUACIÓN Y PROPUESTAS PARA SU FORTALECIMIENTO (*)

Ernesto Rodríguez (**)

(*) Informe redactado en el marco del Estudio “Evaluación de las Capacidades Institucionales de los Movimientos Juveniles en el Mercosur”, implementado por el Centro Latinoamericano sobre Juventud (CELAJU), con el apoyo del Banco Mundial y la Unesco.

(**) Sociólogo Uruguayo, Director del CELAJU y Consultor de Organismos Internacionales en Políticas Públicas de Juventud. El autor agradece la colaboración de Dardo Rodriguez, Director de Foro Juvenil, y de Juan Carlos Rodríguez, Secretario Técnico del Foro Latinoamericano de la Juventud (FLAJ) en la elaboración de este informe.

■ INTRODUCCIÓN	04
■ I MARCO DE REFERENCIA	06
1 – El Uruguay Actual: Crisis Social, Recuperación Económica y Transición Política	06
2 – Gobierno Local y Desarrollo Humano en la Ciudad de Montevideo	07
3 – Jóvenes Montevideanos: entre Exclusión, Integración Precaria y Emigración	08
4 – En Busca de Explicaciones Racionales: Desarrollo Social y Prácticas Corporativas	10
■ II ORGANIZACIONES Y MOVIMIENTOS JUVENILES	12
5 – Los Movimientos Juveniles Existentes: Diversidad e Invisibilidad	12
6 – Las Tribus Urbanas: ¿Nuevas Formas de Socialización Juvenil?	13
7 – Consejo de la Juventud del Uruguay: ¿Una Articulación Imposible?	14
8 – ¿Movimiento Social, Actor Estratégico o Sector Poblacional?	16
■ III PARTICIPACIÓN JUVENIL: ¿QUÉ OPINAN LOS ACTORES?	18
9 – La Visión de los Jóvenes: entre la Desconfianza y la Desorientación	18
10 – La Visión de los Dirigentes Juveniles: Ser Joven en un Sociedad de Viejos	20
11 – La Visión de los Adultos Referentes: los Riesgos de la Estigmatización	21
12 – La Visión de los Expertos: Participación, Prácticas Corporativas y Poder	23
■ IV CONCLUSIONES Y RECOMENDACIONES	25
13 – Fortalezas y Debilidades de los Movimientos Juveniles	25
14 – Amenazas y Oportunidades del Entorno en la Transición	26
15 – Conclusiones y Recomendaciones para la Acción Operativa	28
■ V ANEXOS INFORMATIVOS	31
16 – Referencias Bibliográficas	31
17 – Lista de Participantes en Grupos Focales y Entrevistados	35
18 – Sitios Web de Interés Consultados para el Estudio	36

Hace veinte años, escribí un artículo sobre los movimientos juveniles en el Uruguay (Rodríguez 1985), que fue muy criticado por los adultos que en aquel entonces se especializaban en el estudio de los movimientos sociales. En aquella época, yo estaba comenzando a dar mis primeros pasos en la reflexión analítica sobre estos temas, y trabajaba –en realidad- como promotor social desde una ONG muy activa (Foro Juvenil) que supo incorporar a la agenda pública algunos temas relacionados con la juventud, sobre los que nada se decía y en torno a los que después –en los veinte años siguientes- tratamos de ir construyendo alguna institucionalidad básica (Instituto Nacional de la Juventud, Oficinas Municipales de Juventud, etc.) hoy existente.

Mis planteos eran muy elementales, y giraban –básicamente- en torno a la idea de que los jóvenes organizados (en el movimiento estudiantil, en el movimiento sindical, en las juventudes políticas, en el movimiento cooperativo de vivienda, en el medio rural, etc.) con los que trabajábamos, constituían un movimiento social muy relevante y tenían una presencia muy activa en el escenario político y social a todos los niveles. Eran los tiempos de la Concertación Nacional Programática (en la salida de la dictadura militar) en cuyo marco, creamos y animamos con buenos resultados (vistos en perspectiva) la Concertación Juvenil, impulsando una amplia gama de acciones con tomadores de decisiones y en relación a la opinión pública.

Los académicos con los que discutimos mi texto en el marco de un seminario específico (al igual que muchos otros que promovía en aquel momento Fernando Calderón, al frente del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, CLACSO), con mucha delicadeza y un gran respeto por la presentación que alguien con mi perfil estaba haciendo, no dudaron en criticar duramente el eje central de mis argumentos: los jóvenes no son ni pueden ser un “actor social”, me dijeron, pues no reúnen las condiciones básicas necesarias, y ello a su vez se explica –me explicaban- porque la transitoriedad de la condición juvenil y la heterogeneidad de situaciones específicas (entre jóvenes de diversos contextos sociales) inhibe la posibilidad de trabajar en torno a objetivos comunes, en términos corporativos. En el fondo, me dijeron con mucha contundencia, “los jóvenes no pueden actuar con perspectiva de clase”, pues no son una clase social, con bastante más “mecanicismo” del que yo estaba dispuesto a tolerar en aquel entonces.

Recuerdo que escuché muy atentamente lo que me estaban diciendo, porque respetaba mucho la opinión de mis interlocutores (muchos de ellos, docentes en los cursos de sociología, economía y ciencia política que realizaba en aquella época) pero me molesté mucho, y llegué a preguntarme “que les pasaba”. De pronto, los comentarios me sonaban “conservadores” y hasta “fuera de lugar”, propios de “adultos” que no comprendían lo que yo estaba planteando. Pero la experiencia del trabajo que seguí desarrollando en estos temas en los años siguientes (como gerente de aquella ONG, como investigador especializado, en la gestión pública y como consultor internacional) me ayudó a comprender más y mejor los mensajes que entonces recibí, y hoy por hoy, suscribo aquellos comentarios plenamente (y recibo las críticas de los actuales dirigentes juveniles, que como yo en aquella época, perciben mis comentarios como “conservadores”, “funcionalistas” y “fuera de lugar”).

La anécdota interesa –en todo caso- para ubicar el “sesgo” con el que miro estos temas en la actualidad, con la perspectiva que todo este tiempo le ha puesto a mi experiencia laboral.

En realidad, esta nueva oportunidad de volver sobre viejos temas, en nuevos tiempos, en un contexto totalmente diferente al de hace veinte años, me ha permitido (y obligado) a volver la mirada sobre todo este tiempo transcurrido, durante el cual, he trabajado intensamente con distintas generaciones de jóvenes que han estado animando los diversos movimientos juveniles en nuestro país. Por ello, este no es un informe de un “observador externo” (que realiza un cierto trabajo de campo y formula los comentarios correspondientes) sino un informe de alguien que se siente completamente involucrado en el proceso que evalúa, tratando –por cierto- de mantener la distancia correspondiente, para evitar que el enfoque pierda la necesaria objetividad.

En todo caso, el enfoque con el que está estructurado este informe, se aleja decididamente de la óptica con la que muchos miembros de mi generación (la del 68, como suele ser caricaturizada) miran estos temas. Lejos de quedarme en las comparaciones estériles entre el supuesto “protagonismo” juvenil de los años sesenta y setenta, con la actual “apatía” generalizada entre los jóvenes, trato de seguir mirando estos procesos sin prejuicios, procurando seguir aprendiendo de lo que cada generación aporta al respecto.

La hipótesis central que se desarrolla en las páginas siguientes, sostiene –precisamente- que los jóvenes no constituyen un movimiento social, pero que pueden transformarse en actores estratégicos del desarrollo, si se reúnen ciertas condiciones mínimas para promover una más amplia y profunda participación juvenil en la dinámica económica, social, política y cultural a todos los niveles, con un explícito apoyo de las políticas públicas y cierta permisividad (si no es posible la colaboración) de los tomadores de decisiones al respecto. En este marco, se fundamenta la necesidad de invertir más y mejor en los jóvenes en general y en los movimientos juveniles en particular, para construir una sociedad más próspera, más democrática y más equitativa.

Para fundamentar dicho enfoque, en las páginas que siguen se analiza el contexto en el que se desenvuelve la dinámica de los movimientos juveniles a nivel nacional en general y en la realidad montevideana en particular, al tiempo que se realiza una esquemática descripción de los movimientos juveniles existentes, incluyendo una presentación del mecanismo que los agrupa (el Consejo de la Juventud del Uruguay). En la misma línea, se incluye un capítulo en el que se trata de incluir la opinión de los propios actores involucrados en estas dinámicas, destacando el punto de vista de los propios jóvenes, de los dirigentes juveniles, de los adultos que trabajan con jóvenes y de los expertos que observan y analizan estos procesos, apoyándonos en el trabajo de campo realizado especialmente (entrevistas a informantes calificados, grupos focales con jóvenes de diversos sectores, entrevistas grupales con dirigentes juveniles, revisión de la literatura disponible sobre el tema, etc.).

El informe se cierra con un conjunto de conclusiones y recomendaciones, que podrían permitir trabajar –en el futuro- con ciertas posibilidades mayores de éxito que en el pasado, en el fomento de la participación juvenil en las diferentes dinámicas de la sociedad uruguaya. Ojalá este aporte pueda ayudar a reflexionar colectivamente y a definir nuevos rumbos al respecto. Por los jóvenes, sin duda, pero también y sobre todo, por el país.

Para comenzar, conviene ubicar el tema central de este informe en el contexto nacional y local correspondiente. Para ello, recurrimos a los estudios más rigurosos disponibles, a los efectos de resumir esquemáticamente la situación actual en el país y en la ciudad.

1 – El Uruguay Actual: Crisis Social, Recuperación Económica y Transición Política

Uruguay está atravesando -todavía- una de las peores crisis económicas de toda su historia. Aunque los indicadores de este año comienzan a mostrar signos de recuperación, lo cierto es que la crisis bancaria de mediados de 2002, implicó un serio revés para el país, visible en una gran devaluación de la moneda frente al dólar, un retiro masivo de los depósitos bancarios, un evidente estancamiento económico y una gran crisis social (con aumento del desempleo, caída de los salarios reales, aumento de la pobreza y crecimiento de la emigración, en niveles sumamente preocupantes) situación que tardará mucho en revertirse.

En términos concretos, el producto bruto interno, que había registrado un crecimiento negativo del 12 % en 2002, creció un 2,5 % en 2003 y se prevé que crezca 7,5 % durante 2004 (CEPAL 2004). Por su parte, el desempleo se ubicaba a fines de 2003 en el 16,9 % (después de haber llegado casi al 20 % durante 2002), mientras que la pobreza, que afectaba al 15,3 % de los uruguayos en 1999, pasó al 18,8 % en 2001, al 23,6 % en 2002 y creció aún más durante 2003, llegando al 30,9 % de la población total (INE 2004). En términos de emigración internacional, se calcula que entre mediados de 2002 y mediados de 2003, se volvieron a registrar indicadores cercanos a los record concretados en 1974, como respuesta al golpe de Estado producido un año antes.

Frente al panorama esquemáticamente descrito, se han encarado algunas respuestas y se ha intentado formular propuestas de salida, al menos en las áreas más críticas (alimentación, salud, empleo, grupos vulnerables, etc.) en base a las cuales se vienen desplegando esfuerzos concretos, que procuran articular más y mejor un conjunto de programas sociales que tradicionalmente han estado excesivamente distanciados, con lo cual, la inversión de recursos concretada (que dista en gran medida de ser irrelevante) ha obtenido impactos marginales en relación a los “nuevos” problemas existentes (ver Instituto de Economía 2003, Instituto de Ciencia Política 2002 y 2003, Varios Autores 2003).

No obstante, el Uruguay asiste a una situación inédita, donde se vuelven a presentar problemas que se creían definitivamente erradicados (la muerte de niños por desnutrición, por ejemplo) y donde se visibilizan más otros más “recientes” (como la exclusión juvenil, por ejemplo), planteando desafíos sumamente complejos al desarrollo social, en un país caracterizado por las Naciones Unidas como de “alto desarrollo humano” (los informes anuales del PNUD ubican a nuestro país a la cabeza de la región latinoamericana en estas materias¹, y otro tanto hace la CEPAL en el *Panorama Social de América Latina*).

En el terreno político, por su parte, este 2004 es año electoral, y a juzgar por los pronósticos de las encuestas de opinión pública, el Uruguay se apresta a procesar un cambio radical en la conducción del gobierno nacional, ya que por primera vez en toda su historia, pasaría a ser gobernado por

¹ En una escala de 0 a 1 (donde el 0 es la peor ubicación y el 1 es la mejor) el Uruguay obtuvo un Índice de Desarrollo Humano de 0,759 en 1975, de 0,779 en 1980, de 0,783 en 1985, de 0,803 en 1990, de 0,814 en 1996 y de 0,828 en 2001.

una coalición de partidos políticos de izquierda, agrupados en el denominado “Frente Amplio-Encuentro Progresista”. De este modo, los partidos tradicionales (blancos y colorados) serían desplazados del poder, por primera vez en casi doscientos años de vida independiente.

Por todo lo dicho, el actual panorama nacional podría caracterizarse –como se sostiene en el título de esta sección- como una etapa de crisis social, recuperación económica y transición política. Se trata, sin duda, de circunstancias inéditas, que hacen muy difícil la formulación de pronósticos acerca de lo que podría llegar a ocurrir en los próximos años. Así, si bien la mayor parte de los pronósticos señalan que aún con el cambio de gobierno no se van a producir grandes transformaciones en la dinámica de las principales políticas públicas, los especialistas son generalmente muy cautos a la hora de aventurar pronósticos.

En lo que no existen dudas, es en relación al agudo endeudamiento económico del país con diferentes organismos internacionales (equivalente al producto bruto interno de todo un año) lo cual condicionará –en cualquier caso- el devenir de los acontecimientos en los próximos años (al menos, durante la próxima administración de gobierno, entre 2005 y 2009). Por ello, el discurso de los principales candidatos presidenciales está siendo muy cauto, en un contexto donde no se formulan grandes promesas, y en el que –más bien- se viene preparando a la población, para que no espere “milagros” en ningún caso.

2 – Gobierno Local y Desarrollo Humano en la Ciudad de Montevideo

El Departamento de Montevideo, y en particular la ciudad del mismo nombre, concentran casi la mitad de la población total (más de un millón y medio de habitantes, aproximadamente), las tres cuartas partes de las industrias y la mayoría abrumadora de los servicios de todo el país, lo cual brinda un particular panorama a la dinámica económica, social, política y cultural, a todos los niveles.

Desde hace quince años, el gobierno local (la Intendencia Municipal de Montevideo) está administrada por el Frente Amplio-Encuentro Progresista, y en un contexto donde el gobierno nacional ha permanecido –hasta el momento- en manos de los partidos tradicionales (blancos y colorados) los enfrentamientos y las dificultades en el relacionamiento entre gobierno nacional y gobierno municipal han sido constantes. Ello ha incidido en muchos aspectos, destacándose los relacionados con el apoyo económico del gobierno central a los municipios, muy evidente en relación a las intendencias del interior e inexistente en el caso de Montevideo.

Si bien los niveles de desarrollo humano son relativamente más altos en la capital que en el resto del país, lo cierto es que en Montevideo coexisten varias ciudades. Por un lado, pueden encontrarse zonas residenciales (en la costa) con niveles de vida cercanos a los de varios países altamente industrializados, mientras que en paralelo, pueden encontrarse barrios populares periféricos, con niveles de vida cercanos a los de varios países africanos.

La gestión del Frente Amplio al frente de la Intendencia Municipal, después de 15 años en el poder, no ha traído grandes transformaciones a la dinámica de la ciudad. Si bien se ha dado cierto impulso a la descentralización (con la creación de Centros Comunales Zonales, la elección de concejales en los diferentes barrios de la ciudad y el desarrollo de algunas experiencias de “presupuesto participativo” muy elementales) al tiempo que se ha tratado de recuperar algunas zonas de la ciudad con criterios sociales más que comerciales (lo que ha mejorado la calidad de vida en algunas zonas de la periferia), los grandes problemas de la ciudad siguen sin resolverse.

Así, la cantidad de “asentamientos irregulares” (o zonas marginales) ha crecido sostenidamente (en un contexto donde el principal factor explicativo es la propia crisis económica a nivel nacional),

al tiempo que la fragmentación social ha aumentado (en un proceso también impulsado por políticas económicas y sociales de alcance nacional) llevando a que los barrios “ricos” y los barrios “pobres” estén cada vez más separados entre sí, y sean cada vez más homogéneos hacia adentro. La existencia de espacios públicos pluriclasistas ha ido cediendo terreno a la segmentación y la fragmentación social, en niveles y modalidades totalmente desconocidas para la ciudad (Veiga y Rivoir 2001).

En la misma línea, en un contexto donde todos los análisis sugieren la existencia de un conjunto absolutamente sobredimensionado de empleados públicos (desde hace varias décadas), la gestión de la izquierda no ha logrado (aún en el marco de los pocos intentos impulsados) disminuir la cantidad de funcionarios significativamente. En el mismo sentido, tampoco se ha logrado mejorar la gestión con aumentos salariales que se han ubicado casi siempre por encima de los promedios en la administración pública, lo cual ha demostrado claramente que estos aumentos son una condición necesaria pero no suficiente.

En definitiva, la experiencia ha demostrado que para gobernar no alcanza con buenas intenciones y consignas generales compartibles. En realidad, resulta imprescindible contar con recursos humanos calificados, diagnósticos de situación rigurosos, estrategias transformadoras pertinentes, y persistencia en el esfuerzo transformador, o sea, un conjunto de elementos sumamente difícil de reunir, más allá de las orientaciones políticas de quienes detentan el poder, emanado de los respaldos electorales conseguidos en la población.

3 – Jóvenes Montevideanos: entre Exclusión, Integración Precaria y Emigración

La situación de los jóvenes uruguayos es sumamente preocupante, en cualquiera de los indicadores que se seleccionen para “medirla”, y en dicho marco, la situación de los jóvenes montevideanos, no es una excepción, sino todo lo contrario.

A nivel nacional, las cifras siguen mostrando la correlación exactamente inversa existente entre niveles de pobreza y edad, en perjuicio de niños, adolescentes y jóvenes. Así, los datos disponibles para 2003, muestran que la pobreza afecta al 56,5 % de los menores de 6 años, al 50,2 % de los niños de 6 a 12 años, al 42,7 % de los adolescentes de 13 a 17 años, al 27,8 % de jóvenes y adultos de entre 18 y 64 años (lamentablemente no se cuenta con una discriminación mayor en este grupo) y al 9,7 % de los mayores de 65 años (INE 2004). Una situación estructural, que no se explica por la crisis económica de estos últimos años.

En realidad, esto se relaciona, en lo fundamental, con la composición de los hogares (mayor número de niños y menor esperanza de vida al nacer en los hogares pobres) y con la concentración de los recursos -asignados vía gasto público social- en los adultos y la tercera edad. Como se sabe, Uruguay cuenta con los mayores niveles de gasto público en seguridad social de América Latina, y con los menores niveles de gasto público en educación del continente, de acuerdo a los estudios comparados de la CEPAL y otros organismos internacionales, y esto también es un fenómeno netamente estructural y no coyuntural.

Sin embargo, importa anotar que en los últimos años –como resultado de la crisis que se arrastra desde 1999- la situación ha empeorado dramáticamente. El Cuadro siguiente muestra con elocuencia lo que estamos afirmando, y exime de todo comentario al respecto. Lo cierto, en todo caso, es que la situación no es muy diferente entre Montevideo y el Interior del país, lo cual nos ubica claramente en el contexto capitalino que estamos analizando en particular, en el contexto de este informe.

Incidencia de la pobreza según años, área de residencia y grupos de edad (en %)

Año	Grupos de Edad	Total	Montevideo	Resto País Urbano
1999	Total	15.3	15.6	15.0
	< de 6	32.5	34.7	30.9
	6 a 12	28.3	30.2	26.7
	13 a 17	22.7	25.4	20.6
	18 a 64	12.1	12.6	11.6
	65 y más	3.4	3.6	3.2
2003	Total	30.9	29.9	31.8
	< de 6	56.5	54.4	58.2
	6 a 12	50.2	51.2	49.4
	13 a 17	42.7	44.5	41.3
	18 a 64	27.8	27.4	28.2
	65 y más	9.7	10.1	9.2

Fuente: INE (2004) **Estimaciones de Pobreza por el Método de Ingreso: Año 2003**. Instituto Nacional de Estadísticas, Montevideo.

En este marco, importa reseñar brevemente los principales resultados de un riguroso estudio sobre la segmentación social y económica de Montevideo (De León y Garibotto, 2000) que diferencia cinco zonas de la ciudad: la costa este, el área central, la primera corona de la zona pericentral, la segunda corona de la zona pericentral y la región periférica. En dicho marco, se analizan cinco indicadores claves de la calidad de vida de los jóvenes: educación, condición de actividad, salud, jóvenes que ni estudian ni trabajan ni buscan trabajo y mujeres jóvenes con hijos y sin casamiento.

El estudio agrupa las tres primeras áreas en la denominada “ciudad consolidada”, contraponiendo sus características con la denominada “periferia” (que incluye la segunda corona). El modelo es sumamente fértil, en la medida en que se muestra que mientras en la “ciudad consolidada” reside el 47 % del total de la población montevideana, en ella habitan apenas el 38 % del total de niños y jóvenes; por el contrario, en la “periferia” reside el 53 % de la población total, y el 63 % del total de niños y jóvenes. Visto desde otro ángulo, niños y jóvenes representan el 53 % de la población total de la periferia, y apenas el 35 % de la población de la “ciudad consolidada”.

En este contexto, de León y Garibotto destacan la existencia de dos rutas emancipatorias totalmente distintas para los jóvenes montevideanos. “En uno de los polos, se dibuja una ruta que caracteriza a la mayoría de la juventud de Montevideo, concentrada en las regiones periféricas y la segunda corona de la ciudad: rezago escolar, acceso precoz a empleos de muy baja calidad, tasas elevadas de abandono del sistema educativo ..., baja calidad de la cobertura de salud, tenencia temprana de hijos y redes sociales homogéneas que pueden determinar un camino de inserción excluyente o, al menos, altamente vulnerable en el mundo adulto y el sistema social (...) En el otro polo aparece una ruta de emancipación inscripta en el contexto de la disposición de activos sociales y capital cultural que implica la adopción de pautas como la postergación de la tenencia de hijos, los altos niveles de dedicación exclusiva a los estudios en las edades tempranas, la inserción oportunista en el mercado de empleo –funcional al sostenimiento del avance en la carrera educativa– el ingreso comparativamente tardío en el empleo pero desde el comienzo más estable y

abierto a la movilidad ascendente, el ingreso masivo de las mujeres al empleo desde el tramo de 20 a 24 años a la par o aún por delante de los hombres jóvenes, la heterogeneidad de las redes sociales y, en fin, la asunción de pautas culturales individualistas sobre bases materiales y simbólicas que aseguran su viabilidad” (de León y Garibotto, 2000).

Los indicadores son más que elocuentes: el 71 % de los jóvenes de 15 a 24 años que no estudia, no trabaja y no busca trabaja, habitan en las áreas periféricas; mientras que el 81 % de los jóvenes de la costa este han alcanzado diez años de educación en el grupo de 25 a 29 años, apenas el 38,7 % de los que habitan en la periferia ha logrado dicho nivel; mientras cuatro de cada diez jóvenes (25 a 29 años) de la periferia abandonaron sus estudios o no pudieron superar el nivel de educación primaria, apenas 5 de cada 100 de los que habitan en la costa están en dicha situación; mientras que el 52 % de los jóvenes de 15 a 19 años de la costa este se dedican exclusivamente a la educación, esto ocurre apenas con el 21,5 % de los que habitan en la periferia; mientras apenas el 28,5 % de los jóvenes de 15 a 19 años de la costa este están incorporados a la población económicamente activa (PEA), esto ocurre con el 44,6 % de sus pares de la periferia; mientras 8 de cada 10 jóvenes de 15 a 19 años de la costa este tienen cobertura mutual o privada de salud, esto ocurre apenas con uno de cada cuatro jóvenes de la periferia; mientras en algunos barrios de la costa este (Carrasco y Punta Gorda) apenas el 1,9 % de las mujeres de 15 a 19 años han tenido hijos sin casarse, esto ocurre con el 17,4 % en algunos barrios (como Casavalle) de la periferia (idem).

Un panorama, en suma, donde la exclusión, la integración precaria y la emigración, son tres de las principales alternativas a las que se enfrentan la mayor parte los jóvenes de la ciudad.

4 – En Busca de Explicaciones Racionales: Desarrollo Social y Prácticas Corporativas

¿Por qué ocurre todo esto? Respecto a los elevados niveles de desarrollo social en Uruguay (en comparación con los demás países de América Latina) hay una generalizada coincidencia en destacar que el fenómeno obedece a que durante cien años estuvimos invirtiendo en políticas sociales (en muchos casos siendo pioneros en la región) y que esto último, a su vez, tuvo que ver centralmente con el tipo de sociedad que se construyó desde principios del siglo XX, en el marco de un modelo centrado en clases medias urbanizadas, incluyente de los diferentes sectores poblacionales organizados (sindicatos, jubilados, etc.) y sustentado en un funcionamiento democrático también excepcional en América Latina durante décadas. Numerosos autores han coincidido en este tipo de apreciaciones.

Pero sobre lo que hay mucha menos elaboración interpretativa, es en lo que tiene que ver con la particular situación de niños y jóvenes, que son los sectores más agudamente excluidos y que –además– no muestran signos de cambio que permitan imaginar una mejor situación en el futuro. En este sentido, ambos sectores se diferencian nítidamente de las mujeres, que partiendo de situaciones de aguda exclusión, hay ido mejorando sustancialmente su situación estructural, aunque todavía haya mucho camino por recorrer en estas materias. La situación de niños y jóvenes, en cambio, no mejora desde ningún punto de vista (salvo en cobertura educativa) y en varios aspectos, incluso empeora con el paso de los años. La explicación, pareciera relacionarse con el grado de organización corporativa de cada sector poblacional en particular.

Así, es evidente que los empresarios, los trabajadores del sector formal de la economía y los jubilados, por ejemplo, cuentan con mecanismos eficaces al respecto, pero este no

es el caso entre los niños y los jóvenes. Por ello, las reformas laborales no han podido implementarse (dadas la resistencia sindical y la escasa voluntad de los partidos políticos de encararlas decididamente), las reformas educativas han tenido que “imponerse” y hasta la reforma de la seguridad social tuvo que concretarse en base a fórmulas heterodoxas y a negociaciones sumamente refinadas (Mancebo, Narbondo y Ramos, 2002). Pero en paralelo, ninguno de los temas relacionados con las nuevas generaciones, que preocupan significativamente a las familias que tienen miembros en estos entornos de edades (las encuestas de opinión pública lo muestran claramente) se ubica prioritariamente en la agenda pública, ni está incorporado al discurso de los tomadores de decisiones, sean éstos dirigentes políticos o sociales.

Todo esto ocurre, además, en el marco de un sistema político e institucional donde los pocos cambios que se ponen en práctica, se procesan muy gradualmente, tal como lo demuestran los estudios comparados sobre reformas estructurales en América Latina (por ejemplo, Lora 2001) que ubican siempre al Uruguay entre los ejemplos con menos casos y de menores impactos efectivos en materia de reformas. A su vez, seguramente, esto ocurre por la existencia de un “empate” político electoral entre los principales partidos, que inhibe a todos la posibilidad de procesar cambios con su sola voluntad, y a la vez les brinda a todos la posibilidad de “vetar” los cambios que proponen los otros. La neutralización “cruzada” (fruto de la combinación de diversos factores específicos) de los procesos de cambio, entonces, es una de las reglas de juego fundamentales en el escenario nacional.

Una sociedad así, compuesta mayoritariamente por una población adulta y de la tercera edad, siempre más dispuesta a restaurar el pasado que a imaginar un futuro diferente, se organiza para mantener los privilegios establecidos: la familia se organiza en torno a la figura del “activo” (varón, adulto) y hacia él se canalizan todos los recursos (privados y públicos); las empresas funcionan con la misma lógica; los partidos políticos son manejados de igual modo; y los recambios generacionales se procesan de un modo extremadamente lento a todos los niveles. Por ello, las opciones para los jóvenes son básicamente dos: esperar o irse (de la familia, de la empresa, de las organizaciones sociales y políticas, del país). La mayor parte de los jóvenes –en los estratos medios- opta por esperar (mucho tiempo, por cierto), mientras que el sector más capacitado y dinámico opta por irse; otros –los que pertenecen a los sectores de más bajos ingresos, especialmente- quedan al margen, pues no tienen opciones de ningún tipo.

Con todo, lo más preocupante es que esta inoperancia generalizada, y en particular la que opera en relación a las nuevas generaciones, no sólo afecta a los propios adolescentes y jóvenes, sino que además y fundamentalmente, afecta la propia dinámica de cambios en el conjunto de la sociedad. Por ello, la implementación de cambios radicales en estas materias, podría implicar beneficios sumamente relevantes para las propias reformas estructurales, que mayoritariamente siguen esperando su turno. Ello le brinda al tema de las políticas públicas de juventud, una relevancia estratégica muy particular, más allá de sus impactos específicos en sus destinatarios directos. Del mismo modo, pone en tela de juicio el valor real de las organizaciones y los movimientos juveniles, que a pesar de haber tenido cierto protagonismo en algunas circunstancias particulares de la dinámica política del país, no han mostrado ninguna capacidad de representación corporativa de los jóvenes uruguayos.

Ahora sí estamos en condiciones de realizar una descripción específica de las organizaciones y movimientos juveniles existentes en el Uruguay, y de realizar una primera valoración sobre su relevancia y sobre los roles que cumplen en la sociedad en su conjunto.

5 – Los Movimientos Juveniles Existentes: Diversidad e Invisibilidad

Para comenzar, habría que decir que resulta muy difícil establecer una clasificación clara y exhaustiva al respecto, por lo cual, aquí preferimos realizar una simple enumeración de los movimientos juveniles más destacados, sin mayores pretensiones analíticas.

Por un lado, habría que ubicar a una serie de movimientos juveniles más “politizados” y “estructurados”, entre los que se destacan las juventudes de los partidos políticos, los movimientos estudiantiles, y algunas expresiones juveniles ligadas a sindicatos y movimientos cooperativos de vivienda. Por otro lado, se podrían ubicar algunos grupos que operan en el marco de organizaciones e instituciones más amplias dirigidas por adultos y relacionadas de un modo u otro a las iglesias, tales como la Pastoral Juvenil, el Movimiento Scout y la Asociación Cristiana de Jóvenes. En un tercer conjunto –también heterogéneo- podrían ubicarse algunos grupos más informales, relacionados a diversas expresiones culturales y/o deportivas, caracterizados últimamente como “tribus urbanas”.

En lo que tiene que ver con los movimientos más “politizados” y “formalizados”, resulta evidente que –en comparación con el pasado- son grupos que han ido perdiendo en gran medida la relevancia que tuvieron en otras épocas. Las juventudes de los partidos políticos –en general- tienen una baja presencia pública y movilizan a contingentes muy acotados de jóvenes urbanos, sobre todo en Montevideo. Los partidos tradicionales se han ido quedando paulatinamente sin jóvenes, mientras que el Frente Amplio sigue contando con un importante apoyo electoral entre los nuevos votantes, pero ello no se refleja en presencia organizada en las movilizaciones y en las estructuras internas de los partidos que componen la coalición (que actualmente se ubica en primer lugar en el electorado nacional).

Los movimientos estudiantiles, por su parte, también han perdido protagonismo. Comparados con la etapa de la salida de la dictadura –hace veinte años- la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay (FEUU) no tiene –en la actualidad- ninguna presencia pública relevante, y en el caso de los estudiantes de secundaria –agrupados sobre todo en la CIESU (Coordinadora Intergremial de Estudiantes de Secundaria del Uruguay), luego de una gran presencia pública en la segunda mitad de los años noventa, han vuelto a caer en un gran inmovilismo, por lo que cuentan –también- con una escasa presencia en el escenario público. Pero mientras en el caso de los estudiantes universitarios, de todos modos se cuenta con estructuras de participación en el co-gobierno universitario, ello no ocurre con los estudiantes de secundaria, que no tienen espacios de este tipo para operar.

Por su parte, los movimientos juveniles relacionados –de un modo u otro- a las iglesias, que cumplieron roles sumamente relevantes durante la dictadura militar (entre 1973 y 1984) en términos de socialización juvenil y apoyo a la restauración democrática, fueron opacados luego –

en la apertura- por los movimientos juveniles más “clásicos” (juventudes políticas, movimientos estudiantiles, etc.), pero han seguido cumpliendo roles sumamente relevantes en términos de socialización juvenil (transmitiendo valores alternativos al individualismo y la competencia salvaje promovidos desde las tendencias más relacionadas al “mercado”). Aunque cuentan con menos autonomía que los movimientos más “politizados”, cuentan con mayor capacidad de convocatoria que aquellos, y mantienen una regularidad en sus tareas, que les permite mantenerse en el tiempo, a pesar de los recambios generacionales que constantemente se desarrollan en estos espacios.

Por todo lo dicho, puede concluirse que estamos ante la presencia de una gran diversidad de organizaciones y movimientos juveniles, que se torna todavía más diversa cuando se incorporan los grupos más informales (las “tribus”) como vamos a ver en la sección siguiente. Pero lo más significativo, en todo caso, es que -en su conjunto- estos movimientos juveniles están afectados por una gran “invisibilidad”. No tienen presencia pública (en Uruguay no hay pandillas juveniles asolando las calles como en Centroamérica, ni movimientos “piqueteros” impulsando reclamos con gran presencia en la escena pública como en Argentina, ni movimientos campesinos sin tierra reclamando mejores condiciones de vida como en Brasil) y su incidencia en la “toma de decisiones” es muy escasa, tanto en la dinámica interna de sus propias organizaciones de referencia (los partidos políticos, el sistema educativo, las iglesias, etc.) como en el ámbito de las políticas públicas, en un sentido más amplio y abarcativo. Una “invisibilidad”, en suma, que bien podría catalogarse como “irrelevancia”, al menos en términos de peso específico en las estructuras de poder.

6 – Las Tribus Urbanas: ¿Nuevas Formas de Socialización Juvenil?

El panorama –como adelantamos- se complejiza aún más, si incorporamos al análisis a las denominadas “tribus urbanas”, es decir, a los múltiples movimientos informales de jóvenes que construyen su identidad en torno a prácticas culturales o a diversas formas de expresión específicas (skaters, hiphopers, electrónicos, rokeros, hardcorepunks, tamborileros, malabares, “barras bravas” en el fútbol, etc.). Un grupo de estudiantes avanzados de sociología estudió estos grupos, y la difusión de sus análisis (Filardo comp. 2002) tuvo cierto impacto en los últimos tiempos, por lo que resulta relevante retomarlos en el marco de este análisis, a pesar de no ser movimientos de gran relevancia numérica (aunque distan de ser agrupaciones irrelevantes, por cierto).

Al parecer son tres los elementos que definen a estas “tribus urbanas”: (i) la construcción de identidad; (ii) sus formas de relacionamiento; y (iii) la particular apropiación de los espacios urbanos que realizan. En términos de construcción de identidad (individual y colectiva) Filardo establece que “las tribus urbanas constituyen reductos en donde los jóvenes comparten determinadas experiencias, vivencias, lenguajes, prácticas y rituales”, al tiempo que “establecen contraseñas que los identifican a partir de una estética y estrategias de autopresentación (indumentaria, vestimenta, uso de accesorios) desarrollan habilidades específicas (malabarear, patinar en skate, tocar el tambor, etc.) producen códigos, música (que es un factor aglutinador relevante) y suponen una activa e intensa producción cultural, que expresa transformaciones y alternativas a la sociedad montevideana” (en Comisión de Juventud 2003, pp 36 a 39).

En términos de formas de relacionamiento, se establece que “las tribus urbanas son agrupamientos laxos, no formalizados ni institucionalizados, donde los mecanismos de sociabilidad y relación entre los miembros están determinados por la cercanía en la ‘forma de ver el mundo’, en el ‘estilo de vida’, en base a elementos emocionales-sensibles, apoyados en la fisicidad de la experiencia y de feeling, el construir y compartir identidad”, todo lo cual, “señala diferencias con las organizaciones tradicionales, o propias del viejo paradigma”, pues “en las tribus no hay una estructura jerárquica

formal, no son organizaciones que puedan representarse por medio de un organigrama, donde hay establecidos e institucionalizados funciones y cargos, que respetan una jerarquía (como en un partido político o un sindicato)”, pues “no se orientan a diseñar estrategias y acciones para conseguir fines previamente establecidos formalmente” (idem).

Y en relación a la apropiación de los espacios urbanos, se destaca que “la tribu urbana hace suyos, usa y significa espacios en la ciudad, pone marcas y señales, coloniza esos espacios”. Dicho de otra manera, “construye culturalmente territorios”, en los que “se encuentran, desarrollan sus habilidades, sus prácticas y sus rituales, se expresan, y hacen pública su identidad”. En algunos casos, como en el de los malabares, los espacios son públicos (las calles, los semáforos, algunas plazas), mientras que en otros los espacios son más bien cerrados y acotados: determinados boliches para los electrónicos, cada barrio para el caso de las comparsas (tambores), etc. Incluso se construyen territorios virtuales, “lo cual revela además otro componente que se da diferencialmente en las diversas tribus, que es la relación que se establece entre la tribu local y el ‘mundo global’, esfera en la cual también son percibibles influencias externas importantes, junto a especificidades locales relevantes.

En suma, Filardo establece que “las tribus urbanas estudiadas evidencian síntomas de transformación cultural, protagonizadas por juventudes en Montevideo. Cada una de ellas, en el proceso de construcción identitaria, establece y produce diferencias con ‘los otros’. Muestran diferentes formas de sentir, actuar y pensar de los jóvenes. Ellas marcan un componente ideológico (aunque no necesariamente se traduzca en propuestas políticas entendiéndolas tradicionalmente) que en algunas llegan a un nivel discursivo elaborado. Se inscriben en un contexto marcado por la globalización, el avance tecnológico y la post modernidad, la multiculturalidad, la diversidad. Casi todas tienen fuertes rasgos estéticos y éticos (cuidado y respeto del medio ambiente, tolerancia y respeto a lo distinto, al ‘otro’) que las caracterizan y que se traducen en comportamientos y actitudes de quienes integran las tribus” (idem).

Un elemento particularmente relevante que se destaca en el estudio, es que “ninguna de las tribus estudiadas manifiesta componentes violentos, si bien ésta fue una de las características que definieron a las ‘viejas tribus urbanas’ (skinheads, punks)” Esto es importante, puesto que desde el mundo adulto tiende a vérselas como grupos vinculados a toda clase de “problemas” (consumo de drogas, sexo irresponsable, violencia, etc.). Sin duda, un preocupante proceso de estigmatización, que no colabora en lo más mínimo con la búsqueda de canales de integración social (en los formatos clásicos) de este tipo de grupos juveniles, y que por el contrario, dificulta enormemente estos procesos.

En este marco, felizmente existen enfoques diversos desde las políticas públicas, destacándose –en términos positivos- los enfoques de la Comisión de Juventud de la Intendencia Municipal de Montevideo, que ha venido trabajando intensamente en la construcción de espacios de reconocimiento y legitimación de este tipo de agrupaciones juveniles, especialmente en el marco de la promoción de la denominada “Movida Joven”, que anualmente congrega a varios miles de jóvenes relacionados con diversas expresiones culturales (murgas, comparsas, teatro, cine, rock, etc.) y que cuentan –en este marco- con un gran respaldo para “mostrarse” de un modo más auténtico y menos estereotipado.

7 – Consejo de la Juventud del Uruguay: ¿Una Articulación Imposible?

Fundado en 1981, el Consejo de la Juventud del Uruguay (CJU) es uno de los más antiguos de América Latina. Sus principales objetivos, según se destaca en sus propios documentos fundacionales, son los siguientes:

- Facultar el desarrollo de organizaciones jóvenes en el Uruguay.

- Aspirar a transformarse en portavoces de las necesidades y reivindicaciones de las organizaciones miembros.
- Analizar los principales problemas de los jóvenes en todas las áreas, tratando de encontrar diferentes soluciones.
- Avanzar en una política de diálogo continuo con todas las instituciones estatales y privadas, directa o indirectamente vinculadas a la implementación de políticas juveniles
- Promover una cooperación de múltiple entendimiento con organizaciones similares a nivel regional, y con deferentes Consejos de Juventud a nivel internacional.
- Contribuir al proceso de consolidación de la plataforma juvenil en América Latina.

Está integrado por: Pastoral Juvenil; Movimiento Scout del Uruguay; Federación Rural de Jóvenes; Juventud de la Comisión Nacional de Fomento Rural; Asociación Cristiana de Jóvenes; Asociación de Jóvenes Alberguistas; Juventud de la Iglesia Metodista del Uruguay; Mundo Afro - Juventud; Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay; Clubes LEO; Juventud del Partido Nacional; Juventud del Partido Colorado; Juventud del Encuentro Progresista; Juventud del Nuevo Espacio.

En teoría, se trata de una plataforma amplia y plural, donde están casi todas las organizaciones y los movimientos juveniles existentes, por lo cual, debiera ser una instancia representativa de los jóvenes organizados del país. Sin embargo, ello no ocurre en la práctica. En realidad, la mayor parte de las organizaciones miembros tienen una mucho más destacada actividad en sus respectivos ámbitos particulares, y le brindan una escasa atención al mecanismo articulador que las agrupa.

Ello ocurre, en buena medida, porque las diferencias existentes entre las organizaciones miembros son de tal entidad, que inhiben el trabajo conjunto casi por definición. Mientras que para los movimientos más “politizados”, el CJU debiera ser una plataforma reivindicativa de los jóvenes organizados, con gran presencia pública, promoviendo manifestaciones y reclamos concretos, para los movimientos que tienen un corte más “social”, la prioridad debiera estar centrada en los procesos promocionales con los propios jóvenes que participan de estas dinámicas particulares, estableciendo a su vez vínculos más formales con las instancias gubernamentales (a nivel nacional y municipal) que trabajan en estos dominios, desde una óptica colaborativa más que confrontacional.

En realidad, no se trata de enfoques excluyentes, pero en la práctica, han sido vistos de este modo por la mayor parte de las organizaciones miembros, con lo cual, la mayor parte de los esfuerzos han estado concentrados en el desarrollo de diversas formas de “control” interno del Consejo desde alguna o algunas de sus organizaciones miembros, más que en el desarrollo de campañas y acciones que puedan colaborar dinámicamente con la legitimación institucional y el aumento del protagonismo del Consejo en la escena pública (más allá de los enfoques con que esto sea impulsado). De este modo, el Consejo ha sido más una plataforma para la promoción de algunos liderazgos juveniles circunstanciales y para el desarrollo de relaciones institucionales (sobre todo con organismos similares en el exterior) que una plataforma que facilite y promueva el trabajo concertado.

Lo más llamativo, en todo caso, es que esto ha sido así a lo largo de toda la existencia institucional del CJU (más de veinte años), por lo cual, no resulta sencillo explicar el fenómeno en función de los liderazgos particulares que lo han dinamizado en cada una de las etapas por las que ha venido atravesando. En realidad, estas dinámicas parecen explicarse por razones más estructurales, relacionadas con la particular forma de encarar estos procesos de parte de los jóvenes, más preocupados por ocupar personalmente los escasos espacios de participación que se van generando en la sociedad, que por impulsar resueltamente la defensa de los intereses de

una generación específica. Desde este punto de vista, la experiencia uruguaya avala –en buena medida- las tesis que sostienen que la articulación efectiva de movimientos juveniles tan dispares, es una misión prácticamente imposible de llevar a la práctica.

8 – ¿Movimiento Social, Actor Estratégico o Sector Poblacional?

El conjunto de los comentarios realizados en las páginas precedentes, llevan inexorablemente a una cuestión fundamental, referida al carácter real o supuesto de “actor” que algunas corrientes interpretativas le asignan a la juventud, y que otras corrientes critican con severidad. En nuestro país, este debate se planteó entre dos libros que aparecieron muy espaciados en el tiempo entre sí, pero que estaban íntimamente relacionados. Por un lado, un libro muy influyente en su momento, que reunía una interpretación de los resultados de la Encuesta Nacional de Juventud (Rama y Filgueira 1991) al que se contrapuso el otro –desde una óptica antagónicamente radical- que cuestionó duramente lo que denominó “la creación de una juventud funcional al sistema” (Zibechi, 1997), influido notoriamente por la creciente y heterogénea “movida” juvenil que, en diversos ámbitos, se estaba gestando y desarrollando en esos años. Sin duda, hubo muchos otros estudios centrados en la dinámica juvenil, pero la mayor parte se concentraron en aspectos particulares o parcelas acotadas de dicha dinámica, o fueron tributarios de uno u otro de los enfoques destacados, por lo cual, resulta útil contrastarlos.

Para empezar, habría que decir que existen varias diferencias relevantes entre ambos informes. El de Rama y Filgueira, se apoya en una exploración cuantitativa (la encuesta como tal) mientras que el de Zibechi se sustenta en observaciones directas de tipo cualitativo. Por ello, mientras el primero pretende ser representativo del conjunto de los jóvenes uruguayos (reconociendo las segmentaciones internas que hacen más propio hablar de “juventudes”, en plural), el segundo solo pretende reflejar la imagen de un sector particular de jóvenes, aquellos que participaron en las movilizaciones estudiantiles y otras experiencias afines, que el propio autor cuantifica en unos 30 o 40 mil jóvenes en las etapas de mayor movilización. Pero lo importante radica en las diferencias de enfoque.

La imagen que deja el libro de Rama y Filgueira, es una juventud “desconocida”: las soluciones que buscan estos jóvenes pasan “por la acción y el proyecto individual y no por la protesta o la vinculación a un movimiento político o social para cambiar la sociedad”; los jóvenes le conceden poca o nula importancia a problemas tales como la represión, la violencia y la inseguridad, y están más preocupados por “la realización personal”; no manifiestan rebeldía, son individualistas y pragmáticos, no registran rupturas generacionales y las relaciones con los padres son fluidas, de diálogo y mutua comprensión. Una juventud, en definitiva, que “acepta la sociedad tal y como es”, que está altamente integrada y no constituye un agente de cambio social, desde ningún punto de vista.

El libro de Zibechi, en cambio, trata de reflejar al sector de la juventud más “movilizado”, que participa de las revueltas estudiantiles “en contra de la reforma educativa”, pero que también lo hace en los conciertos de rock, en las barras bravas en el fútbol, en las experiencias de teatro popular y otras manifestaciones artísticas alternativas, en la movilizaciones en contra de las “razzias” policiales, etc., todo lo cual ha fomentado “la gestación de una nueva cultura alternativa”, que demuestra que “la resistencia al modelo dominante sólo puede ser duradera y sostenida si se asienta en bases diferentes a las conocidas, y que no puede haber alternativa si previamente no se desarrollan espacios donde se inviertan los códigos dominantes, en los que la cultura del individualismo y el consumismo sea subvertida”.

Zibechi analiza a una parte de la juventud, que “no es ni la que ya ha sido marginalizada por el modelo económico - social imperante ni la que tiene asegurada su integración en los estratos

superiores de la sociedad. Los primeros –sostiene- no llegan a realizar estudios secundarios; los otros tienen prácticamente asegurado su futuro”. Los que participan de la “cultura alternativa”, en cambio, pertenecen a familias de estratos medios empobrecidos, que conocieron la integración pero que la perdieron o están en riesgo de perderla, y que pertenecen a “la primera generación socializada en democracia”, lo que los diferencia de las generaciones jóvenes anteriores, aún de los que comparten enfoques “alternativos”.

Rama y Filgueira, en cambio, procuran analizar al conjunto, haciendo un énfasis importante en lo que podría llamarse el determinismo educativo, haciendo referencia a que las principales diferencias en materia de comportamientos y actitudes juveniles, se pueden explicar por los niveles educativos alcanzados, tanto en sí mismos como por parte de los padres. El tema, que ya tiene abundante evidencia acumulada en la actualidad, era en aquel momento bastante opinable, en la medida en que aparentemente simplificaba en exceso la dinámica socializadora de los jóvenes, “reduciendo” el análisis a la influencia del sistema educativo y de la familia, aún reconociendo –como los autores lo hacen en muchos otros trabajos analíticos- que la crisis de ambos sistemas, junto con la emergencia de otros agentes de socialización (los medios de comunicación, los grupos de pares, etc.) cuestionan de un modo significativo aquel determinismo estructural.

¿Qué se puede decir en torno a este “contrapunto”? ¿En que medida el tiempo transcurrido y las nuevas evidencias acumuladas permiten afirmar o cuestionar dichos enfoques? Estamos hablando de temas muy contingentes, por lo cual, poco es lo que puede afirmarse contundentemente, pero lo cierto es que una amplia gama de estudios posteriores han ido demostrando la pertinencia del enfoque de Rama y Filgueira, mientras que las movilizaciones analizadas por Zibechi, prácticamente han desaparecido, con lo cual, la propia existencia de las “culturas alternativas” queda sustancialmente cuestionada.

En rigor, hoy puede afirmarse que si bien éstas existen, se manifiestan en espacios cada vez más reducidos y más irrelevantes, en el contexto del desarrollo de una cultura de izquierda más general, que cada vez se aleja más de los “espacios alternativos” para acercarse más y más a los “espacios de poder”, sustituyendo paulatinamente la “cultura opositora” por la “cultura de gobierno”. El triple empate electoral de 1999 – 2000 (Varios Autores, 2000) en cuyo contexto el Frente Amplio quedó como la primera fuerza política (que no obtuvo el gobierno porque el tercer partido respaldó al segundo en el “balotaje”) no hizo más que afirmar estas tendencias, con lo cual, estos circuitos de “cultura alternativa” se alejan cada vez más del sistema político vigente, y se retroalimentan a sí mismos permanentemente.

Por todo lo dicho, podría decirse que el caso uruguayo, avala en buena medida las afirmaciones de quienes tienden a cuestionar severamente los enfoques que consideran a la juventud como un “movimiento social” y sostienen que –en realidad- los jóvenes son poco más que un sector poblacional, pudiendo convertirse en “actor estratégico del desarrollo”, siempre y cuando existan políticas públicas que así lo reconozcan e impulsen decididamente, algo difícil de constatar en el caso uruguayo de las últimas décadas.

Como ante cualquier fenómeno social que se pretenda caracterizar, el tema de la participación juvenil admite muchas “miradas”. En este capítulo, pretendemos ofrecer algunas de las más relevantes, apoyándonos en el trabajo de campo realizado para este estudio, y en algunas otras evidencias recogidas en estudios similares recientes.

9 – La Visión de los Jóvenes: entre la Desconfianza y la Desorientación

Los jóvenes entrevistados en el marco de tres grupos focales diferentes, manifiestan una gran desconfianza en los tomadores de decisiones y muestran un gran distanciamiento de los mecanismos excesivamente formalizados de participación (partidos políticos, movimientos estudiantiles, sindicatos, etc.). En cambio, participan más activamente en actividades más puntuales (la celebración del Día Mundial del Servicio Juvenil Voluntario, por ejemplo). Al mismo tiempo, sobre todo en el caso de los adolescentes y jóvenes que enfrentan los cuadros más agudos de pobreza y exclusión, muestran una gran desorientación ante el futuro (personal y colectivo).

“Cuando nos invitan a pintar cebras o a juntar ropa para los que pasan frío, nos sentimos más útiles. En las asambleas del gremio (estudiantil) nos aburrimos. No terminan nunca, son campeonatos de oratoria. En cambio lo otro es más concreto, vemos resultados enseguida, es más fácil entender de que se trata” (Grupo Focal con jóvenes que participan de un Programa de Intercambios Juveniles entre Uruguay y Canadá).

“Los jóvenes no participan porque no los dejan. Hay pocos espacios para participar y también falta preparación para participar (no es para cualquiera). Además hay mucho problemas (la crisis, falta trabajo) y no se puede andar perdiendo el tiempo (...) A los políticos no les importan los jóvenes. Ahora lo único que importa son las elecciones, pero después vuelve todo a lo mismo, y ni nos miran” (Grupo Focal con jóvenes trabajadores).

Estas observaciones coinciden con las evidencias recogidas en otras consultas con jóvenes, realizadas desde la Comisión de Juventud de la Intendencia Municipal de Montevideo (IMM) recientemente, en el marco del proceso de formulación del denominado Plan Estratégico de Adolescencia y Juventud, en el que están trabajando actualmente, con vistas a la siguiente gestión de gobierno (Comisión de Juventud 2003).

“Todo este trabajo, este proyecto, se llevará a cabo realmente? ¿Los jóvenes van a ser solo beneficiarios? ¿Se construye el plan, y luego es posible? (que lo que se diga se lleve a cabo) ¿Quién controla como se lleva a cabo? ¿Quién hace el seguimiento?(...) ¿Realmente quieren oír lo que los jóvenes queremos decir? ¿Están realmente dispuestos a apoyarnos en nuestros reclamos?” (idem, p.48).

Otro tanto ocurre con los adolescentes que participan de la dinámica de algunos de los Centros Juveniles que animan diversas ONGs, con el apoyo de la IMM y el INAME (Instituto Nacional del Menor). En los grupos convocados por la IMM, se les solicita que destaquen los principales problemas que enfrentan, y las respuestas son muy significativas:

“desempleo, confusión, pérdidas”; “quedarme sin trabajo”; “no saber que dirección tomar”; “poder ser yo misma”; “no hallarme”; “miedo al fracaso”; “miedo a la carrera que voy a seguir”; “no se” (idem, p. 51).

En el Grupo Focal realizado en el marco de este estudio, surgen temas muy similares:

“yo se que tengo que estudiar, pero después no me sirve para nada”; “¿cómo consigo trabajo?; en cuanto me preguntan donde vivo, me sacan corriendo de la empresa”; “mi madre se preocupa por mi, pero a mi padre no le importo nada, no está nunca, y cuando está, está borracho y no lo banca nadie”; “la policía nos vive parando, aunque no hagamos nada, y si pasa algo en el barrio, enseguida nos vienen a buscar a nosotros”.

¿Qué es lo que más les gusta? ¿Qué es lo que más disfrutan en la vida?

“salir con mis amigos”; “estar con mis amigos”; “compartir con distintos grupos, proyectar cosas”; “las reuniones, las charlas con los amigos”; “ir al liceo, ir al centro juvenil”; “hacer deportes, compartir, escuchar música” (Plan Estratégico, p. 51).

“los bailes”; “los campeonatos”; “los campamentos”; “las dormidas” (actividades que se promueven desde los Centros Juveniles, destacadas en el Grupo Focal realizado en el marco de este estudio).

A su vez, cuando se les pregunta por las posibles alternativas (¿qué se podría hacer?), las respuestas también muestran serias limitaciones en términos de amplitud de miras:

“más cursos que sirvan”; “que nos den trabajo”; “que nos den algún terreno para plantar algo y tener por lo menos para comer”; “llevarse a los pendejos (adolescentes más chicos) a otro sitio” (Grupos Focales con jóvenes trabajadores y con participantes en Centros Juveniles, realizados para este estudio).

¿Han pensado en irse? (a otro país, a buscar otras alternativas):

“ni loco; acá tenemos más chances”; “¿a dónde vamos a ir?, por ahí, no conocemos a nadie”; “yo conozco a un amigo que se fue, y se tuvo que volver porque lo trataban como la mierda”; “acá tenemos el apoyo del centro juvenil, no nos dejan tirados por ahí, vamos ganando experiencia y confianza en uno mismo” (idem).

Dado que estamos en un año electoral, preguntamos por las posibilidades de cambio. Las respuestas obtenidas, en general, son bastante pesimistas, y oscilan entre la desconfianza frente a todos los políticos, y la convicción en que “esto no lo arregla nadie”:

“los políticos son todos iguales, una vez que llegan al poder, se dedican a hacer plata y se olvidan de la gente”; “el Frente Amplio es el mismo perro con distinto collar”; “yo no estoy de acuerdo, pero creo que va a ser muy difícil que esto cambie, porque dependemos demasiado de Estados Unidos y las multinacionales”; “aunque gane el Frente, va a llevar mucho tiempo”; “esto no lo arregla nadie” (idem).

Entre los jóvenes “integrados” (participantes del Programa de Intercambio con Canadá) la visión es menos fatalista, aunque no deja de ser pesimista, pero cuando se les pregunta acerca de la importancia de la participación juvenil, son decididamente positivos en sus comentarios y propuestas:

“no hay apuestas por los jóvenes, los puestos los ocupan siempre los viejos, que no quieren cambiar

nada”; *“las instituciones –en general- no motivan a la participación, no les interesa que los jóvenes participen”*; *“las ganas de participar de parte de los jóvenes están, sin duda, pero con eso no alcanza”*; *“la participación es importante porque permite desarrollar experiencias, madurar, formarse como ciudadanos”*; *“los jóvenes podríamos aportar más creatividad, más fuerza, más voluntad de cambio, más compromiso con los excluidos”*; *“habría que tratar de retener a los que se van, porque son los más capaces y los más dinámicos”*; *“se necesita un gran recambio generacional”*.

10 – La Visión de los Dirigentes Juveniles: Ser Joven en un Sociedad de Viejos

Por otra parte, quisimos tener la opinión de algunos dirigentes juveniles, que tienen cierta trayectoria de trabajo en diversos movimientos juveniles. Para esto, realizamos algunas reuniones de trabajo con los miembros del Consejo de la Juventud del Uruguay (CJU), analizando las mismas preguntas que formulamos para los grupos focales. En total, logramos conversar con 15 jóvenes de ambos sexos, con edades muy variables (18 a 28 años) e intereses y puntos de vista también muy diferentes, que participan de las dinámicas de unas diez organizaciones juveniles (Asociación Cristiana de Jóvenes, Movimiento Scout, varias Juventudes Políticas, Federación Rural de Jóvenes, Mundo Afro, Cruz Roja, etc.).

Resultó bastante difícil identificar algunos consensos mínimos entre todos los participantes. Mientras que para algunos –por ejemplo- *“la Movida Joven es una buena experiencia de participación, y como esa hay muchas experiencias locales de participación juvenil (aunque no son muy visibles)”*, para otros, *“los que participan son pocos y son siempre los mismos, estudiantes de clase media, que están en varias organizaciones al mismo tiempo”*, y aún para otros, *“los jóvenes participan pero en actividades específicas y no en organizaciones sociales o políticas”*. Cuando una de las participantes sostiene que *“participan más los jóvenes que están en las juventudes políticas, y menos los que están en organizaciones sociales”*, otra sostiene que *“lo que determina que los jóvenes participen o no, es la influencia familiar”*.

Sin embargo, los consensos son más evidentes al momento de encontrar explicaciones a la falta de una mayor participación juvenil. Por un lado, se hace hincapié en la falta de apoyos externos: *“los puestos de decisión están en manos de los viejos, y éstos no le dejan espacio a los más jóvenes”*; *“la política económica genera individualismo y fragmentación social, y así es imposible que la gente se interese en participar”*; *“falta voluntad política en las estructuras institucionales, el INJU es importantísimo pero no funciona, y la Comisión de Juventud de la Intendencia, solo hace actividades culturales”*; *“la crisis no permite participar, hay que matarse para sobrevivir”*; *“la educación es muy verticalista, muy autoritaria y no fomenta la participación”*; *“las iniciativas locales implican mucho esfuerzo y faltan recursos”*.

Por otra parte, también hay bastantes coincidencias al momento de identificar razones más directamente vinculadas con los propios jóvenes y con los movimientos juveniles: *“los intereses son muy diferentes (de acuerdo a la condición social, a la edad, etc.), no hay intereses comunes definidos”*; *“hay muchos a los que no les interesa participar, y hay otros que participan pidiendo algo a cambio, es muy instrumental”*; *“faltan consignas claras, liderazgos motivadores”*; *“no estamos bien informados, la prensa desinforma en lugar de informar, y nosotros no nos preocupamos mucho por cambiar esto”*; *“las juventudes políticas tienen que ser más ofensivas, formulando propuestas comunes y no estar peleando todo el tiempo entre ellas”*; *“falta conciencia ciudadana en los jóvenes, cada quien está para hacer la suya, sin importarles los demás”*; *“el Consejo es muy débil, no nos conoce nadie, no estamos en la opinión pública, somos muy pocos”*.

Todo parece indicar, que los dirigentes juveniles con los que conversamos, tienen una visión bastante clara de las dificultades que enfrentan. Una representante de la Comisión de Jóvenes del Frente Amplio (estudiante, 16 años) plantea incluso una autocrítica muy fuerte, destacando que

“hay solo tres coordinadoras (en 18) que tienen grupos de jóvenes organizados”, y que en la mayor parte de los casos, “los que participan son jóvenes con mentalidad vieja, que repiten los mismos moldes de los dirigentes viejos que critican”. Y en la misma línea de reflexión, destaca que “la no participación está promovida por los partidos dominantes, incluso en el Frente Amplio”. “¿Que podemos hacer –se pregunta- con las brutales diferencias que existen entre los jóvenes de diferentes barrios, o con los del Interior, que están en una situación totalmente diferente?”

Del mismo modo, muestran una gran disposición a involucrarse en la búsqueda de alternativas: *“hay que trabajar mucho en formación ciudadana”; “tenemos que fortalecer el Consejo, hacerlo conocer en la opinión pública”; “tenemos que concentrarnos en lo que nos une y no en lo que nos separa”; “tenemos que aceptar más y mejor nuestras diferencias, viéndolas como un valor y no como un problema”; “hay que integrar más organizaciones juveniles y tratar de que muchas de las que están integradas y no participan, lo hagan”; “tenemos que organizarnos mejor”; “tendríamos que aprender de otras experiencias que funcionan”; “tenemos que armar más actividades concretas, y tratar de mantener el interés de los que participan en esas actividades”; “tenemos que conseguir más respaldos, solos no vamos a ir muy lejos”; “tenemos que formarnos, nosotros mismos tenemos limitaciones.”*

En todo caso, de un modo u otro, saben que nadie les va a regalar nada, y que si no se esmeran, no van a poder salir adelante. Algunos siguen reclamando cambios estructurales (*“hay que cambiar la política económica, y la política educativa también”*), mientras que otros, quizás con un exceso de voluntarismo, lo expresan mucho más tajantemente (*“la realidad de los jóvenes la cambiamos los jóvenes, no los técnicos”*) en un comentario que parece muy directamente dirigido a quienes estamos orientando la consulta y los diálogos con ellos y entre ellos mismos. Pero enseguida aparecen los matices: *“no alcanza con cambiar la política económica, además hay que incidir en lo específicamente juvenil”; “yo no estoy de acuerdo con que la realidad de los jóvenes la cambiamos los jóvenes, nunca ha sido así, y no veo por que va a ser así en el futuro”; “si hay adultos dispuestos a ayudarnos, bienvenidos, no hay por que autolimitarse”.*

11 – La Visión de los Adultos Referentes: los Riesgos de la Estigmatización

Por otra parte, también interesa la opinión de los adultos que tienen –directa o indirectamente- alguna relación con los jóvenes. En este sentido, varias investigaciones impulsadas por el Programa de Mejoramiento de la Educación Media y la Formación Docente (MEMFOD) de la ANEP (Administración Nacional de la Educación Pública), muestran que –en general- los docentes conocen poco y mal a sus alumnos, y en muchos casos, tienen serios prejuicios respecto a los mismos. En algunos casos, los adolescentes son vistos como “niños grandes” (y son tratados como tales), mientras que en otros, son vistos como “muy diferentes” (“no los entiendo, no se que hacer con ellos”).

Por su parte, aunque no existen estudios que muestren rigurosamente la correspondiente “evidencia”, existe un consenso generalizado respecto a la imagen (excesivamente estereotipada) con que la policía mira a los jóvenes. Declaraciones de prensa, por ejemplo, de los principales jefes policiales (en diferentes momentos de la historia reciente) muestran percepciones muy “fatalistas”: “para un muchacho que nace y crece en un cantegril (barrio marginal) es muy difícil eludir el camino del delito”; “si vemos a un grupo de muchachos en una esquina, sin hacer nada, tomando vino o cerveza, y encima se visten con esas ropas que usan, usan aros o tienen tatuajes en el cuerpo, para nosotros son sospechosos y los tenemos que controlar; en general, no saben hacer otra cosa que meterse en problemas”.

Para muchos adultos que trabajan con jóvenes o tienen cierta preocupación por el tema, el problema es que no se les brinda oportunidades efectivas, y hace falta cambiar la óptica con que

los adultos miran a los jóvenes. Esto surgió muy claramente en la presentación que la Comisión de Juventud de la IMM hizo sobre la Propuesta de Plan Estratégico de Adolescencia y Juventud en el Foro Social Uruguay el año pasado, procurando obtener “visiones adultas” sobre el tema, para incluirlas en sus propias formulaciones. En dicha presentación, participaron 34 personas, todas mayores de 30 años, altamente politizadas (la propia participación en el Foro, implica en buena medida este “sesgo”).

Uno de los participantes expresó que *“las preguntas siguen siendo más de lo mismo que ha generado la desconfianza de los jóvenes en la política y el descreimiento con respecto a las posibilidades de cambio. Están formuladas en un lenguaje adulto, con una lógica del mundo adulto, con preocupaciones del mundo adulto. Los jóvenes están pensando de otra forma. Hay que partir de lo que están pensando los jóvenes y de cómo lo están pensando. Y sobre todo hay que correrse y dejarles el lugar a ellos. Los adultos están en sus lugares de poder por conservar su trabajo y están temiendo que los jóvenes vengan a sacárselos. Pero no hacen con ese poder nada más que defender sus propios intereses. Hay que dejarles los lugares a los jóvenes. Que sean ellos los que decidan que preguntar”* (idem, p. 56).

El tema de la conversación, entonces, deriva hacia la existencia de una relación de dominación del mundo adulto sobre los jóvenes y a la necesidad de transformar las instituciones que imponen estas relaciones de dominación, en particular el sistema educativo. Alguien plantea que *“no está de acuerdo con que los adultos tengan que retirarse y dejarles el lugar a los jóvenes, porque los adultos tienen un rol a jugar educando, transmitiendo valores, pero eso no quiere decir que tengan que usar el poder de ser adultos para aprovecharse de los jóvenes”* (idem).

Aparecen enseguida otros temas vinculados a estas dinámicas. Otro de los participantes plantea que *“los jóvenes son estigmatizados, depositando en ellos todo lo negativo de la sociedad; se les reprochan cosas que todos hacemos como si solo ellos las hicieran”*. En la misma línea, otro participante sostiene que *“la imagen de los jóvenes como irresponsables, violentos, etc., promovida por los medios de comunicación pero alimentada por las cosas que dice por todos lados la gente común, es una de las cosas que los adultos hacen para dominar a los jóvenes, para tenerlos acorralados en los márgenes de todo; lo peor es que los jóvenes terminan creyéndoselo”* (idem).

En otra de las reuniones promovidas por la Comisión de Juventud de la IMM, en el marco de la preparación de la Propuesta de Plan Estratégico (en el denominado “Foro de Acá”), participaron jóvenes de entre 19 y 27 años, y se volvió a retomar el tema de la dominación adulta sobre los jóvenes. Los planteos surgidos de este diálogo (después de realizar algunos sketch o “representaciones teatrales informales”), tienen similitudes con los anteriores, en varios planos relevantes, destacándose como los seleccionadores de personal para las empresas –por ejemplo– establecen relaciones de poder totalmente diferentes según sea el tipo de joven que tienen delante, y como los padres tienen principios totalmente diferentes para “educar” a sus hijos, dependiendo de si son varones o mujeres.

Una de las participantes plantea que *“hay un poder que habilita y un poder que coarta. Se dice que los padres tienen que ejercer un poder con relación a sus hijos pero que tienen que hacerlo para habilitar el mejor desarrollo de éstos, y no para su beneficio personal o por el gusto de ser los que controlan”*. Otro plantea que *“el peor poder es el que se ejerce sobre una persona y hace que esta vaya sintiendo que no vale nada, que tiene que hacer lo que otros dicen porque su opinión y sus intereses no cuentan”*. Y otro participante dice que *“lo peor que puede ocurrir con el poder es no tener conciencia de que se tiene poder. Si se tiene conciencia se puede asumir con responsabilidad, pero si no se tiene conciencia se vuelve invisible. Las relaciones de poder parecen naturales y aquellos que son sometidos se sienten inferiores por naturaleza”* (idem, p. 59).

El tema deriva entonces a la educación. Un participante plantea que *“el sistema formal de*

educación es masificador y esto es algo que va más allá de los docentes. Les gana la cabeza porque los condiciona con sus programas y sus rituales y terminan haciendo lo que no quieren. El sistema niega la creatividad. Fomenta el individualismo. Es mutilante. Obliga a ser sumiso". Pero otros participantes dicen que "no todo está mal en el sistema educativo y que sí hay márgenes (para cambiar) porque hemos tenido profesores que han hecho cosas buenas con su rol docente. No fueron la mayoría, pero eso demuestra que lo que pasa es que muchos hacen las cosas así porque está en sus cabezas hacerlo así, pero si quisieran hacerlo distinto, podrían" (idem).

Los planteos recogidos muestran importantes coincidencias en el diagnóstico, aunque existan diferencias importantes al momento de tratar de "explicar" por que las cosas funcionan del modo en que se plantea y, sobre todo, en relación a las posibilidades de cambio y a la actitud que los adultos debieran tener ante estas dinámicas: "dejarles el lugar a los jóvenes" o "acompañarlos, orientándolos responsablemente, para habilitarlos".

12 – La Visión de los Expertos: Participación, Prácticas Corporativas y Poder

Desde un ángulo diferente, las opiniones de los diferentes expertos consultados en el marco de este estudio en su calidad de "informantes calificados", muestran convergencias y divergencias con la que expresan otros "actores", y a su vez, incluyen otros temas en la reflexión, que conviene explicitar aquí, al menos, esquemáticamente.

En opinión de los técnicos de UNICEF, por ejemplo, "en el Uruguay de hoy, la gran mayoría de los adolescentes parecen invisibles. La sociedad los asocia a conductas desviadas pero los olvida cuando se definen las políticas sociales de protección. Se habla de los problemas, el embarazo, el consumo de drogas, la delincuencia, etc., pero nunca de las necesidades o de las dificultades que la sociedad les plantea para que puedan ejercer plenamente sus derechos. Sin embargo, una visión consistente con los Derechos Humanos y desde el enfoque del ciclo de vida debería considerar a los adolescentes como seres humanos que por estar en un momento particular de su desarrollo y de su historia, tienen necesidades objetivas y subjetivas específicas determinadas por su edad" (UNICEF 2004).

En esto, las opiniones de los integrantes del Programa IPES (investigación sobre pobreza y exclusión social) de la Universidad Católica, son bastante coincidentes, y llaman fuertemente la atención sobre la existencia de realidades totalmente distintas entre la población joven y la población adulta en nuestro país. Rubén Kaztman destaca que "es cierto que una parte importante de la población uruguaya pertenece a la sociedad de cercanías, y que aún hoy el Uruguay presenta niveles de desigualdad bajos en el contexto regional. También es cierto –agrega– que sigue siendo una sociedad con una relativamente baja tolerancia a la desigualdad. Sin embargo –acota– cuando concentramos nuestra atención en la situación actual de niños, adolescentes y jóvenes se atisba, y por momentos se manifiesta, una sociedad muy distinta a la imagen idealizada del pasado" (en Comisión de Juventud, p. 26).

"Los problemas de empleo entre los jóvenes, un estado social orientado a la tercera edad, y la presencia de una estructura familiar que en los sectores de menores ingresos combina los aspectos más problemáticos de la segunda transición demográfica sin haber solucionado los propios de la primera, empiezan a producir una generación fragmentada, entre los que estarán dentro y los que estarán fuera del sistema social, económico y normativo. En este sentido –destaca Kaztman– la sociedad de cercanías se verifica en la población que se encuentra más cerca del final que del principio de la vida. En segmentos importantes de la población infantil, adolescente y joven, en cambio, aquella sociedad de cercanías estaría mostrando signos indudables de discontinuidad, y aún de exclusión social" (idem).

Los técnicos del IDES, incluso, tratan de sacar consecuencias prácticas de estos diagnósticos, en términos de futuras políticas públicas. Partiendo de la base de que “el Uruguay se desliza peligrosamente hacia un escenario de segmentación social inédito en su historia moderna, segmentación social que llega de la mano de la nueva segregación socioespacial de Montevideo y la región metropolitana”, se concluye que “este escenario impone la exigencia de una doble integralidad en el abordaje de las políticas públicas: integralidad en términos de la población objetivo de juventud, niñez y adolescencia, e integralidad en términos del abordaje territorial desde el cual el conjunto de las políticas adquieren un sentido nuevo y garantizan su eficacia a futuro. La primera exigencia va mucho más lejos de la mera coordinación entre agencias sociales del Estado (...) Implica la puesta en práctica de programas comunes y no meramente coordinaciones (...) En cuanto a la segunda dimensión de la integralidad –aquella específicamente territorial- resulta claro que ella deberá traducirse en compromisos de acción concretos” entre las diversas agencias implicadas, “que valoricen la escala metropolitana de algunos programas ya existentes” y generen otros complementarios (De León y Garibotto, 2000).

Pero más allá de las necesarias respuestas a la exclusión juvenil, planteadas desde la lógica del ejercicio de derechos por parte de los jóvenes y como una forma de mejorar su calidad de vida, varios de los expertos destacan que la atención integral de los jóvenes debiera realizarse –también- teniendo en cuenta que éstos están más y mejor preparados que los adultos para encarar la construcción de la sociedad del conocimiento, principal desafío en este nuevo siglo-milenio.

Así lo destaca Rubén Kaztman, al afirmar que “los principales signos de estos tiempos son la *institucionalización del cambio* y la *centralidad del conocimiento* como motor del crecimiento, y ambos factores colocan a la juventud en una situación privilegiada para aportar al desarrollo. En las sociedades contemporáneas –agrega- la juventud pasa a ser el segmento de la población cuya dinámica se acompasa naturalmente al ritmo de los tiempos, mientras que lo contrario sucede con la población adulta, para la cual la celeridad de las transformaciones en el mundo de la producción reduce el valor de mercado de su experiencia acumulada y coloca sus destrezas en permanente riesgo de obsolescencia. De este modo –concluye- el foco de la dinámica se desplaza a las nuevas generaciones”.

Sin embargo, las políticas públicas siguen sin establecer prioridades claras en relación a los jóvenes, y esto atenta contra el propio desarrollo nacional, pues el conjunto de la sociedad se priva de contar con el fecundo aporte de las nuevas generaciones (que plantean temas y sensibilidades diferentes, tales como mayor equidad, más respeto por el ambiente, etc.). Esto ocurre, según los expertos consultados, “porque los jóvenes no tienen poder y no actúan corporativamente en defensa de sus intereses específicos, y esto, en el contexto de una sociedad altamente corporativizada como la uruguaya, resulta fatal desde todo punto de vista”. “Los adolescentes y los jóvenes son muy pocos -insisten otros expertos consultados- y no expresan su rebeldía en las calles. La principales respuestas que brindan a la exclusión que los afecta a todos los niveles –destacan- son el retraimiento y la emigración”.

Frente a este panorama, destacan que la participación juvenil es un derecho fundamental y que la misma podría concretar aportes sumamente relevantes al desarrollo nacional. Desde UNICEF, por ejemplo, se insiste en que “el derecho a la participación es fundamental en la construcción de ciudadanía, porque se refiere al proceso de compartir decisiones que afectan la vida del individuo y de la comunidad en la que vive, o sea, es el medio para construir la democracia y para medir su fortaleza. Los adolescentes –se destaca- pasan de ser meros beneficiarios de medidas de protección o receptores de servicios a ser participantes, socios en el proceso”, pero lamentablemente, “el abordaje de los derechos de la adolescencia en el Uruguay, y en particular el derecho a la participación, es todavía una deuda pendiente”. (UNICEF 2004).

Finalmente, importa cerrar este informe con algunos comentarios y algunas propuestas, en términos de conclusiones y recomendaciones del estudio. A ello dedicamos esta sección, incluyendo previamente un análisis de las fortalezas y debilidades de los movimientos juveniles, junto con un análisis de las amenazas y las oportunidades del entorno en el que éstos operan (en el particular marco de la transición en la que se encuentra nuestro país).

13 – Fortalezas y Debilidades de los Movimientos Juveniles

Existe un extendido consenso, al menos entre quienes operamos en el dominio de las políticas públicas de juventud, y aún entre muchos de los que trabajan y se sienten comprometidos con la construcción de una sociedad más próspera, más democrática y más equitativa, en que resulta sumamente importante trabajar -en el futuro- en lo que atañe al fortalecimiento de los movimientos y las organizaciones juveniles. Pero, ¿por qué deberíamos hacerlo? ¿Sobre que bases podríamos apoyarnos para concretarlo?

En primer lugar, existe un razonable consenso en relación al importante rol que los jóvenes podrían desempeñar en la construcción de la sociedad del conocimiento. Se trata de un sector que está más y mejor preparado que los adultos para lidiar con “la permanencia del cambio”, que no está atado a las estructuras establecidas (los jóvenes se están incorporando paulatinamente a dichas estructuras, o sencillamente están excluidos de las mismas), que tiene un vínculo más natural y fluido con las nuevas tecnologías de la información y la comunicación (TICs) y que está más y mejor dispuesto a formarse de modo permanente (un requisito fundamental en este nuevo contexto global).

En segundo lugar, existe también un razonable consenso en que los jóvenes realizan aportes relevantes y diferentes (a los de los adultos) a la construcción de sociedades más prósperas, más democráticas y más equitativas. Por un lado, aportan creatividad y espontaneidad a un contexto donde las exigencias de los procesos permanentes de cambio, plantean estos requisitos como excluyentes para permanecer en la dinámica correspondiente (y no quedar al margen), al tiempo que aportan formas más horizontales y tolerantes de participación social y cultural. Y sobre todo, aportan temas nuevos al debate público (equidad de género, cuidado del ambiente, uso creativo de herramientas audiovisuales, etc.) con énfasis y enfoques muy diferentes a los planteados por los adultos.

En tercer lugar, también existe un extendido consenso en que el fortalecimiento de los movimientos y las organizaciones juveniles, permite contar con espacios de socialización horizontal (entre pares) que ofrecen a sus miembros instancias sumamente fecundas para procesar la construcción de identidades, la construcción de autonomía y la consolidación de los procesos de maduración personal y social de sus miembros, ubicados razonablemente en la sociedad (local, nacional y global) a la que pertenecen. Esto está dicho (sobre todo desde la psicología) casi desde siempre, pero los consensos actuales incluyen muchos otros enfoques disciplinarios coincidentes en dicho señalamiento, y aún en el contexto de una sociedad “adultocéntrica” como la uruguaya, al menos en el discurso, estos argumentos se suscriben plenamente a todos los niveles.

Y en cuarto lugar, las organizaciones y movimientos juveniles pueden ser (y de hecho lo son en la mayor parte de los casos) verdaderas escuelas de ciudadanía, actuando como espacios dinámicos para la formación de valores democráticos, para la consolidación de actitudes tolerantes con la diversidad cultural (existente en la sociedad uruguaya, más allá de los estereotipos que pretenden mostrarla como más “homogénea”) y para el despliegue de acciones solidarias con los más necesitados (a través –por ejemplo- del desarrollo de programas de voluntariado al servicio del combate a la pobreza, la reconstrucción de zonas afectadas por inundaciones o la construcción de nuevos espacios para la convivencia, en particular entre vecinos, o más genéricamente entre ciudadanos).

Hasta aquí lo que podríamos llamar “fortalezas” de las organizaciones y los movimientos juveniles. Pero por todo lo que ya hemos expresado, estos agrupamientos tienen también varias y muy evidentes “debilidades”, que no podemos desconocer.

En primer lugar, importa recordar los argumentos vinculados con la variabilidad en los ciclos de vida de los mismos, caracterizados por etapas de gran protagonismo social y político, seguidas de otras etapas de aguda reclusión en dinámicas internas y la virtual desaparición de la escena pública. En buena medida explicado por el permanente recambio en los liderazgos juveniles, el fenómeno se constituye en un handicap muy evidente al momento de pensar en el diseño de respuestas pertinentes y oportunas a la escasa o nula participación juvenil en la sociedad.

En segundo lugar, importa recordar que este tipo de agrupaciones juveniles son sumamente heterogéneas entre sí, ostentando diferencias sumamente relevantes al momento de buscar elementos de identidad particular y más aún al momento de intentar el impulso de acciones concertadas entre ellas. Esto es particularmente relevante en lo que atañe a las diferencias entre movimientos que trabajan con jóvenes que habitan en diversos contextos territoriales (entre zonas urbanas y rurales, entre zonas céntricas y periféricas en las ciudades, etc.), así como en lo que atañe a las diferencias entre agrupamientos de jóvenes pertenecientes a hogares de diversos contextos específicos en términos de estratificación social.

En tercer lugar, importa recordar que al interior de estos mismos agrupamientos juveniles, también existen notorias diferencias entre sus miembros (sobre todo en términos etéreos y de género) que inhiben la posibilidad de encontrar elementos comunes de interés que puedan sostenerse mínimamente en el tiempo, con lo cual, las posibilidades de trabajar con todos a la vez, sin recurrir a la segmentación etérea o de género, se torna sumamente difícil. El tema tiene su relevancia, desde el momento en que dificulta en gran medida las posibilidades de acumulación de experiencias, si no se le imprimen lógicas externas (en general, adultas) a los procesos promocionales.

Y en cuarto lugar, no debemos olvidar que –a diferencia de otros sectores sociales (mujeres, trabajadores, etc.)- los jóvenes despliegan sus acciones en base a la confrontación, en procura de ocupar los escasos espacios que se crean para su efectiva integración social, lo cual, dificulta enormemente la identificación de los (muchos) elementos comunes existentes entre sí. Los jóvenes deben construir identidad y autonomía, diferenciándose inevitablemente de los otros, y ello explica en buena medida esta relevante particularidad.

14 – Amenazas y Oportunidades del Entorno en la Transición

Por otro lado, resulta imprescindible analizar las condiciones del entorno, identificando amenazas y oportunidades para la implementación de estrategias de fortalecimiento institucional de los movimientos y las organizaciones juveniles. En el particular entorno de crisis social, recuperación económica y transición política en el que se encuentra nuestro país (según ya hemos analizado) esto adquiere particularidades muy especiales.

Del lado de las amenazas, algunas de las más evidentes tienen que ver con la escasa (casi nula) presencia del tema “jóvenes” en la agenda pública, lo cual contrasta evidentemente con la gravedad de la situación en la que se encuentra estructuralmente este sector poblacional (según ya hemos analizado en las páginas anteriores de este informe). En particular, esta “invisibilidad” es muy notoria en la actual campaña electoral, lo cual le agrega una cuota no menor de dramatismo al fenómeno, pues no permite ser muy optimistas respecto a las posibilidades de cambio, en el marco del próximo gobierno.

En general, al momento de tratar de explicar estas carencias o limitaciones, los especialistas destacan la escasa relevancia electoral de los jóvenes (en un país con una estructura demográfica muy envejecida como el Uruguay) y la inexistencia de prácticas corporativas en los movimientos juveniles, lo cual, en sociedades altamente corporativizadas como la nuestra, inhibe el desarrollo de procesos que incidan efectivamente en la dinámica de los debates políticos globales y de las políticas públicas en particular (según ya hemos visto).

En todo caso, lo que importa es que esta “invisibilidad” es una verdadera “amenaza” frente a cualquier intento de cambio en la dinámica de las políticas públicas en relación a los jóvenes en general y a los movimientos juveniles en particular. Hasta los más sistemáticos esfuerzos en tal sentido, se estrellarán con una “muralla” muy sólida, ya no de resistencias activas (desde otros intereses y sectores específicos) sino puramente pasivas, sustentadas en las naturales “inercias” de este tipo de procesos.

Sin embargo, también importa ver estos mismos procesos, en términos de posibles “oportunidades”, dado que las campañas electorales son siempre espacios abiertos a la introducción de nuevos temas en la agenda pública, y los comienzos de nuevas gestiones de gobierno, siempre son buenas coyunturas para intentar cambios en este tipo de dinámicas. En este caso, la posibilidad de cambios “radicales” (según ya hemos analizado) podría ser sumamente auspiciosa (al menos en teoría) pero nada indica –hasta el momento– que el Frente Amplio – Encuentro Progresista (en la antesala del acceso al gobierno) tenga intereses y enfoques nítidamente diferentes a los que han mostrado hasta el momento los partidos tradicionales (actualmente en el poder).

Por si fuera poco, las escasas oportunidades en que el tema “jóvenes” aparece en el escenario público, se concentran en “problemas”: los menores infractores, la violencia juvenil en los liceos, la destitución del Director del Instituto Nacional de la Juventud (INJU) por “caos administrativo”, etc. Lejos de colaborar con el desarrollo de iniciativas que potencien la presencia pública de los jóvenes y de la institucionalidad pública de juventud, esto refuerza negativamente la invisibilidad, mostrando solo aspectos negativos.

Con todo, en un espacio más acotado, algunas iniciativas gubernamentales y no gubernamentales actualmente en desarrollo, podrían ser una buena base para la definición de alternativas. Entre ellas, importa destacar cuatro particularmente relevantes: (i) el impulso al diseño participativo de un Plan Estratégico de Adolescencia y Juventud, por parte de la Comisión de Juventud de la IMM, (ii) los trabajos del Programa de Mejoramiento de la Educación Media y Formación Docente (MEMFOD), (iii) la implementación del Programa de Infancia, Adolescencia y Familia en Riesgo de la Presidencia de la República, y (iv) una iniciativa de la Asociación Cristiana de Jóvenes (ACJ) para fortalecer el Consejo de la Juventud del Uruguay (CJU).

En el primer caso, se trata de una iniciativa que está convocando a un amplio contingente de jóvenes, que vienen participando de diversos encuentros, talleres, cursos y demás actividades tendientes a generar propuestas consensuadas en el dominio de las políticas públicas de juventud, al tiempo que se nuclean –también– organizaciones públicas y privadas relacionadas con el tema y expertos especializados en estos dominios, procedentes de diversas disciplinas y

espacios institucionales (académicos y no académicos). Una Comisión Consultiva formada por diversas instituciones y personalidades, viene dándole un importante impulso a esta iniciativa.

En el segundo caso, se trata de un programa que viene realizando un amplio y sistemático conjunto de estudios y evaluaciones (incluyendo una Encuesta Nacional de Juventud), al tiempo que viene procesando un riguroso programa de formación de recursos humanos y un conjunto articulado de reformas curriculares y administrativas de gran relevancia, en una esfera (la educación media) que resulta clave desde todo punto de vista, en materia de políticas públicas de juventud. Para muchos especialistas, esta es la principal política pública de juventud existente en la sociedad uruguaya, por lo que se valoran muy especialmente las contribuciones que el MEMFOD viene realizando en estas materias.

En el tercer caso, se trata de una iniciativa que cuenta con una ubicación institucional de gran relevancia (la Presidencia de la República) y con un conjunto de recursos en gran escala (45 millones de dólares) financiados con recursos presupuestales del Estado y con un préstamo del Banco Interamericano de Desarrollo (BID). Aunque la implementación efectiva del programa se viene desplegando con una gran lentitud y enfrentando notorias dificultades operativas, se trata de una iniciativa sumamente relevante, que podría brindarle al próximo gobierno el espacio institucional (concertando una amplia gama de organizaciones públicas y privadas) y los recursos necesarios para implementar respuestas pertinentes y oportunas a los principales problemas que enfrentan nuestros adolescentes.

Por último, el proyecto (de pequeña escala, pero de todos modos relevante) que viene implementando la Asociación Cristiana de Jóvenes (ACJ) con el apoyo de la Fundación Ebert en Uruguay (FESUR) tendiente a desarrollar un programa de fortalecimiento institucional del Consejo de la Juventud del Uruguay, así como de algunas de sus organizaciones miembros, al tiempo que se desarrollan espacios de concertación y movilización juvenil (encuentros, talleres, cursos, etc.) brinda otro espacio relevante para operar concertadamente en procura de darle más “visibilidad” a la temática juvenil en general y a los movimientos juveniles en particular. La eventual suscripción de un “Pacto por la Juventud” con los candidatos presidenciales, es una de las iniciativas más relevantes.

15 – Conclusiones y Recomendaciones para la Acción Operativa

Si todo lo dicho hasta aquí es así (y al parecer no hay grandes diferencias de opinión al respecto) resulta imperioso encontrar caminos para trabajar con mayores probabilidades de éxito que en el pasado, en la formación y la consolidación de movimientos y organizaciones juveniles que puedan colaborar en los procesos anteriormente aludidos, de la forma más dinámica y pertinente posible, canalizando la participación de los jóvenes a todos los niveles. Cuatro podrían ser las principales áreas de trabajo al respecto:

En primer lugar, resulta sumamente importante invertir en el fortalecimiento de la autoestima personal de cada joven, en términos de construcción de capital humano. Esto se logra –sobre todo- a través de la educación, pero es una tarea que debe realizarse en la escuela, en la familia, en la comunidad organizada, y en muchos otros espacios conexos, y al mismo tiempo ser respaldada por la labor de los medios masivos de comunicación y las principales instituciones democráticas (partidos políticos, parlamento, justicia, etc.).

En segundo lugar, sería sumamente relevante operar en el dominio de la educación para la participación y la ciudadanía, tanto en términos formales (en los establecimientos educativos) como en términos informales o no formales (de nuevo, la familia, la comunidad, los partidos políticos, etc.). Acercar herramientas y metodologías que permitan canalizar adecuadamente la

resolución pacífica de conflictos, junto con el desarrollo de formas de convivencia respetuosas de la diversidad cultural y con la consolidación de valores solidarios con el semejante, puede ser clave en estas materias.

En tercer lugar, sería muy productivo fomentar la integración de los jóvenes a espacios más amplios (ciudadanos) de representación (presupuesto participativo, control social de políticas públicas, etc.) además de generar espacios específicos para la participación juvenil (casas de juventud, consejos de juventud, etc.) Estos últimos, seguramente sin proponérselo, corren el riesgo de reforzar el aislamiento social de los jóvenes, mientras que los primeros, pueden colaborar centralmente con el estímulo a la adopción de actitudes propositivas y responsables de parte de los jóvenes, en relación a su entorno.

Y en cuarto lugar, sería sumamente importante trabajar en el fortalecimiento de las capacidades organizativas y comunicacionales de los jóvenes (los propios movimientos juveniles) fomentando en los mismos el desarrollo de prácticas democráticas efectivas, junto con acciones que permitan desarrollar sus capacidades de interlocución con tomadores de decisiones, su involucramiento efectivo en las principales dinámicas de la agenda pública y la consolidación de una imagen positiva (no estigmatizada) de los jóvenes a nivel de la opinión pública en su conjunto.

Para que todo ello sea posible, habrá que trabajar en el campo de la legislación juvenil (fortaleciendo el ejercicio de derechos y deberes por parte de los jóvenes), en la formación y consolidación de redes juveniles en todos los terrenos en las que éstas tengan sentido (para promover el impulso a iniciativas generacionales o que agrupen a grandes grupos de jóvenes) y en la legitimación de los movimientos juveniles como representantes válidos de los jóvenes a todos los niveles (respaldando su existencia y su desarrollo).

El esfuerzo de los propios jóvenes es necesario, pero se requiere –también y fundamentalmente– del apoyo de las estructuras adultas de los tomadores de decisiones para que todo esto tenga sentido. Por ello, resulta sumamente relevante trabajar con docentes, con la policía, con el personal de salud y con muchos otros de los adultos que tienen un relacionamiento cotidiano –cargado de dificultades– con adolescentes y jóvenes.

En términos más operativos, estas prioridades debieran reflejarse en el terreno del diseño y la implementación de programas específicos, incluyendo la correspondiente asignación de recursos, en todas aquellas esferas que se puedan definir como prioritarias.

Una primera prioridad, debiera ubicarse en el respaldo legal y financiero al Consejo de la Juventud del Uruguay (CJU) como la instancia privilegiada de concertación de esfuerzos entre los diferentes movimientos y organizaciones juveniles existentes y/o a crearse. Un proyecto de ley al respecto, podría ayudar mucho en este proceso, al igual que una partida presupuestal estable otorgada directamente por el Parlamento Nacional (en el marco de la Ley de Presupuesto) para facilitar y dinamizar el funcionamiento administrativo y operativo del CJU como conjunto y de sus organizaciones miembros en particular.

Una segunda prioridad, debiera ubicarse en la consolidación de espacios de participación juvenil en los establecimientos educativos medios. Las experiencias piloto desplegadas por parte de las autoridades de la enseñanza media, con el respaldo de UNICEF durante los últimos años, debieran ampliarse y consolidarse sustancialmente, tratando de cubrir la mayor cantidad posible de establecimientos educativos (liceos y escuelas técnicas). En la misma línea, varias instituciones que nuclean grandes contingentes de jóvenes (incluyendo a las Iglesias, a la ACJ y a otras instituciones similares) deberían abrir más y mejor sus dinámicas internas, fomentando un mayor protagonismo de dichos jóvenes.

Una tercera prioridad, debiera ubicarse en la apertura de los establecimientos educativos durante los fines de semana, a los efectos de fomentar una mayor apropiación (en el sentido de sentirlos como propios) de dichos espacios, por parte de los propios estudiantes y de muchos otros jóvenes de sus respectivos entornos, para el desarrollo de todo tipo de actividades (recreativas, deportivas, culturales, educativas, etc.). La experiencia del Programa *Abriendo Espacios* que se implementa en Brasil en 1.500 establecimientos educativos (con la participación de 500.000 adolescentes) y que ahora se va a generalizar a todos los establecimientos educativos del país, podría ser una excelente referencia en estas materias, y debería ser evaluada rigurosamente para su replicación en nuestro país.

Por último, un trabajo más sistemático y articulado de las Intendencias Departamentales y las Juntas Locales (y de los Centros Comunales Zonales en Montevideo) de todo el país en estas esferas, promoviendo la creación y el fortalecimiento de espacios comunitarios de participación ciudadana juvenil, podría aportar otro componente de gran importancia. El impulso a programas de voluntariado juvenil, conjuntamente con el desarrollo de “trabajos de utilidad colectiva” (cuidado de parques y plazas, limpieza de playas, animación de centros turísticos, etc.) podrían darle un contenido preciso y concreto a estos espacios, fomentando una mayor y mejor integración social de los jóvenes, y un cambio sustancial en las imágenes dominantes en la opinión pública y los tomadores de decisiones.

Ofrecemos en esta sección, las referencias bibliográficas, la nómina de los jóvenes que participaron de los grupos focales y de los informantes calificados entrevistados, así como una lista de los sitios web visitados para la confección de este estudio.

16 – Referencias Bibliográficas

ANEP (2001) Un Análisis Acerca de los Jóvenes que Ni Estudian Ni Trabajan. Unidad Ejecutora de los Programas de Educación Media y Formación Docente, Montevideo.

ANEP (2000) Una Visión Integral del Proceso de Reforma Educativa en Uruguay 1995 – 1999. Administración Nacional de Educación Pública, Montevideo.

ARISTIMUÑO, Adriana y LASIDA, Javier (2002) La Escuela Media: Políticas y Estrategias para el Mejoramiento de las Oportunidades de los Jóvenes. Estudio de Caso en Uruguay. IPE-UNESCO, París.

BANCO MUNDIAL (2001) Uruguay: Preservación de la Equidad Social en una Economía Cambiante. Región de América Latina y el Caribe, Washington.

BONINO, María (2001) El Programa de Seguridad Ciudadana y los Proyectos de Integración Social de Niños y Jóvenes en el Uruguay. Ministerio del Interior - BID.

BRUZZONE, C. y SCAFATI, M. A. (2002) La Articulación entre Programas Sociales con Jóvenes y la Educación Media: El Proyecto Red de Casas Jóvenes y la Educación Secundaria en Uruguay. (mimeo) Montevideo.

COMISION DE JUVENTUD (2003) Hacia la Elaboración de un Plan Estratégico de Adolescencia y Juventud: Talleres, Trabajos y Discusiones (Junio-Diciembre de 2003). Intendencia Municipal de Montevideo, Montevideo.

DE LEON, Eduardo y GARIBOTO, Gabriela (2000) Juventud, Activos y Riesgos Sociales en la Reorganización Espacial de Montevideo. IDES – IMM, Montevideo.

FILARDO, Verónica (2002) Tribus Urbanas en Montevideo: Nuevas Formas de Sociabilidad Juvenil. Editorial Trilce, Montevideo.

FLECHERO, A. y SYLBURSKI, M. (2000) La Migración de Cada Año: Jóvenes del Interior en Montevideo. Editorial Nordan, Montevideo.

FUENTES, Álvaro (2002) Jóvenes, Educación y Trabajo: Un Análisis del Proceso de Inserción Laboral en los Jóvenes que han Abandonado sus Estudios. Programa MEMFOD, Cuadernos de Trabajo N° 12, ANEP, Montevideo.

GRAÑA, Francois (1996) La Movida Estudiantil. Liceos Ocupados: Un Aprendizaje de Convivencia y Democracia. Editorial Fin de Siglo, Montevideo.

IMM (2001) 10 Años de descentralización: Un Debate Necesario. Intendencia Municipal de Montevideo, Departamento de Descentralización, Montevideo.

INAME-INJU-PSC (2002) Proyecto Red de Casas Jóvenes: Informes de Gestión. Programa de Seguridad Ciudadana (MI-BID), Montevideo.

INE (2004a) Estimaciones de Pobreza por el Método de Ingreso: Año 2003. Instituto Nacional de Estadísticas, Montevideo.

INE (2004a) Encuesta Continua de Hogares: Principales Resultados 2003. Instituto Nacional de Estadísticas, Montevideo.

INE (2003) Estimaciones de Pobreza por el Método del Ingreso 2002. Instituto Nacional de Estadísticas, Montevideo.

INSTITUTO DE ECONOMIA (2003) Uruguay 2002-2003: Informe de Coyuntura. Instituto de Economía, Universidad de la República, Montevideo.

INSTITUTO DE CIENCIA POLÍTICA (2003) Observatorio Político: Informe de Coyuntura N° 4 (2003) Entre la Cooperación y la Competencia. Editorial Trilce, Montevideo.

INSTITUTO DE CIENCIA POLÍTICA (2002) Observatorio Político. Informe de Coyuntura N° 2 (2002) Otro País. Editorial Trilce, Montevideo.

INSTITUTO NACIONAL DE LA JUVENTUD (2000) Informe sobre las Políticas de Juventud: Período 1995-1999. INJU, Montevideo.

JUNAE-DINAE-INJU (2002) Informe de Ejecución de PROJOVEN y TSD Joven. Unidad Coordinadora del Programa, Montevideo.

KATZMAN, R. y FILGUEIRA, F. (2001) Panorama Social de la Infancia y la Familia. Programa IPES, Universidad Católica del Uruguay, Montevideo.

LASIDA, J. y PODESTA, M. (coord) (2002) Políticas de Niñez y Adolescencia: Aportes y Estrategias para la Acción. Universidad Católica – INAME – UNICEF, Montevideo.

LAURNAGA, María Elena (coord) (2001) La Geografía de un Cambio: Política, Gobierno y Gestión Municipal en Uruguay. Instituto de Ciencia Política – Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo.

LEAL, Gustavo (coord) (2003a) Exclusiones y Ciudadanías: Ideas Nuevas para Problemas Viejos. El Abrojo y Frontera Editorial, Montevideo.

LEAL, Gustavo (coord) (2003b) Mecanismos de Coordinación de las Políticas Sociales: Acuerdos y Disensos entre los Partidos Políticos y las Organizaciones de la Sociedad Civil. El Abrojo y Frontera Editorial, Montevideo.

LEAL, Gustavo (2000) La Incorporación de los Derechos del Niño en las Políticas Públicas en el Uruguay. Comité de los Derechos del Niño – Uruguay, Montevideo.

LORA, Eduardo (2001) Las Reformas Estructurales en América Latina: Qué se ha Reformado y Cómo Medirlo. Banco Interamericano de Desarrollo, Washington.

MANCEBO, M.E.; NARBONDO, P. y RAMOS, C. (comp) (2002) Uruguay: La Reforma del Estado y las Políticas Públicas en la Democracia Restaurada (1985-2000). Instituto de Ciencia Política – Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo.

MAZZINI, Pablo (2003) Programa de Adolescentes. Incluido en Varios Autores “Juventud, Diversidad Cultural

y Desarrollo Local: Propuestas e Ideas contra la Exclusión Social”. Comisión de Juventud – FESUR – Red de Mercociudades, Montevideo.

NACIONES UNIDAS (2001) Uruguay: Perfil de País 2001. Naciones Unidas, Montevideo.

NARANJO SILVA, Alicia (2002) Capacitación y Formación Profesional para Jóvenes en Uruguay. CINTERFOR/OIT – PNUD, Montevideo.

NOVAKOVSKY, I.; SOBRON, C. y MORAGUES, A. (2000) Evaluación de Medio Término de los Proyectos de las Instituciones Apoyadas por el Programa de Seguridad Ciudadana. PSC, Ministerio del Interior, Montevideo.

OPERTTI, Renato (2000) El Proceso de Reforma Educativa en Uruguay: Gestión Pública y Resultados Obtenidos entre 1995 y 1999. Incluido en CEPAL, Serie Políticas Sociales N° 42, Santiago.

PACIELLO, Alvaro (2003) La Generación de Espacios Locales en la Gran Ciudad: La Importancia del Papel Activo de los Jóvenes Urbanos. En Oscar Dávila (ed) “Políticas Públicas de Juventud en América Latina: Políticas Locales”. CIDPA, Viña del Mar.

PACCIELO, Alvaro (2002) Jóvenes, Empleo y Educación en el Uruguay. En “Jóvenes trabajadores en el Mercosur y Chile: desafíos y respuestas” F. Ebert, Santiago.

PORTO, Luis (2002) Uruguay 2002: Para Entender la Crisis Bancaria. Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo.

RAMA, G. y FILGUEIRA, C. (1991) Los Jóvenes del Uruguay: Esos Desconocidos. Análisis de la Encuesta Nacional de Juventud. CEPAL, Montevideo.

RODRIGUEZ, Ernesto (2004) Políticas Públicas de Juventud en América Latina: de la Creación de Espacios Específicos al Desarrollo de una Perspectiva Generacional. Incluido en Varios Autores “Construcción de Políticas de Juventud: Análisis y Perspectivas”. Universidad de Manizales, Colombia Joven, GTZ y Otros, Bogotá.

RODRIGUEZ, Ernesto (2003) Juventud, Crisis y Políticas Públicas en el Uruguay: Un Esquemático Balance de los Años Noventa y Propuestas para esta Primera Década del Nuevo Siglo. CIDPA, Viña del Mar.

RODRIGUEZ, Ernesto (2002) Jóvenes en América Latina: Actores Estratégicos del Desarrollo. Instituto Mexicano de la Juventud, México D.F.

RODRIGUEZ, Ernesto (2001) Cultura Juvenil y Cultura Escolar en la Enseñanza Media del Uruguay de Hoy: Un Vínculo a Construir. IDHU – ACJ, Montevideo.

RODRIGUEZ, Ernesto (1985) La Juventud como Movimiento Social en el Uruguay de Hoy. Incluido en Carlos Filgueira (comp.) “Movimientos Sociales en el Uruguay de Hoy”. Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo.

REBOLEDO, Gonzalo (2001) La Experiencia de los Centros Juveniles. Comisión de Juventud, Intendencia Municipal de Montevideo, Montevideo.

RUSSEL, Cecilia (2003) Un Modelo para Armar: el Intercambio Institucional Estado – Sociedad Civil en Tres Políticas Sociales Innovadoras. Cuadernos del CLAEH N° 86-87, Montevideo.

SILVA, Diego y COHEN, Jorge (coord) (2003) Investigación sobre las Infracciones Juveniles y las Sanciones Judiciales Aplicadas a Adolescentes en Montevideo. DNI-UNICEF, Montevideo.

TRICOTI, Lilián (coord.) (2001) Construyendo Futuros: Espacios Mujer y Varón Adolescentes. Programa

Adolescentes, Intendencia de Montevideo, Montevideo.

UNICEF (2004) Observatorio de los Derechos de la Infancia y la Adolescencia en Uruguay. Montevideo.

UNICEF (2003a) El Trabajo Infantil y Adolescente en Uruguay y su Impacto sobre la Educación: Análisis de la Situación en la Década Pasada y el Presente. Montevideo.

UNICEF (2003b) Promoción del Ejercicio de la Ciudadanía de los y las Adolescentes en el Uruguay. Proyecto 1, incluido en “Experiencias de Participación Adolescente en América Latina y el Caribe”. CD editado por la Oficina Regional para América Latina y el Caribe, Panamá.

UNICEF (2003c) Promoción del Derecho a la Participación en el Sistema Educativo. Proyecto 2, incluido en “Experiencias de Participación Adolescente en América Latina y el Caribe”. CD editado por la Oficina Regional para América Latina y el Caribe, Panamá.

UNICEF (2001) La Voz de los Adolescentes: Percepciones sobre Seguridad y Violencia en Buenos Aires, Montevideo y Santiago de Chile. UNICEF, Montevideo.

VARIOS AUTORES (2003) Uruguay 2003: Edición Especial del Diario El Observador. Montevideo.

VARIOS AUTORES (2002a) Encuesta sobre Situaciones Familiares y Desempeños Sociales de las Mujeres en Montevideo y el Área Metropolitana, 2001: Sistematización de Resultados. Universidad de la República – UNICEF, Montevideo.

VARIOS AUTORES (2002b) Los Jóvenes, el Desempleo y el Desarrollo Local: Memorias del Seminario Internacional. Comisión de Juventud, Intendencia Municipal de Montevideo, FESUR, Montevideo.

VARIOS AUTORES (2002c) Medidas Urgentes Frente a la Situación Social. CLAEH-PNUD, Montevideo.

VARIOS AUTORES (2002d) Educación para la Sociedad del Conocimiento: Aportes Hacia una Política de Estado. CEE/1815-PNUD-CIIP-UPAZ-TRILCE, Montevideo.

VARIOS AUTORES (2002e) Observatorio Político: Informe de Coyuntura N° 3 (2002). Otro País. Instituto de Ciencias Políticas – Editorial Trilce, Montevideo.

VARIOS AUTORES (2002f) Montevideo Piensa Joven: Políticas Municipales de Juventud y Género. Intendencia Municipal de Montevideo – FESUR, Montevideo.

VARIOS AUTORES (2000) Elecciones 1999-2000. Instituto de Ciencia Política, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo.

VARIOS AUTORES (1999) Infancia y Adolescencia Residente en los Asentamientos Irregulares de Montevideo. INTEC-UNICEF, Montevideo.

VIDA Y EDUCACION (2003) ¿Qué Ciudadanía para Qué Libertad? Infancia, Adolescencia y Juventud: Intervención Educativa y Comunidad. Montevideo.

VEIGA, D. y RIVOIR, A.L. (2001) Desigualdades Sociales y Segregación en Montevideo. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República, Montevideo.

VILLAGRAN, Alberto (coord.) (1999) Condiciones Sociolaborales de los Adolescentes en el Uruguay. MTSS-UNICEF-FAS, Montevideo.

ZAFARONI, C.; ALONSO, D. y MIERES, P. (1998) Encuentros y Desencuentros: Familias Pobres y Políticas Sociales en Uruguay. UNICEF-UCU-CLAEH, Montevideo.

ZIBECHI, Raúl (1997) La Revuelta Juvenil de los Noventa: las Redes Sociales en la Gestación de una Nueva Cultura Alternativa. Ed. Nordan - Comunidad, Montevideo.

17 – Lista de Participantes en Grupos Focales y Entrevistados

En el marco del Trabajo de Campo realizado en Montevideo, se entrevistaron un total de 14 Informantes Calificados, se mantuvieron reuniones de trabajo con 13 miembros del Consejo de la Juventud del Uruguay (CJU) y se trabajó con un total de 22 jóvenes, en tres Grupos Focales realizados con la colaboración de Foro Juvenil (uno con jóvenes de clase media, vinculados a un Programa de Intercambios Juveniles entre Uruguay y Canadá, otro con jóvenes trabajadores, habitantes de zonas populares pero “integradas”, y un tercero con adolescentes marginados que participan de la dinámica de dos centros juveniles animados por Foro Juvenil, y apoyados por la Intendencia Municipal de Montevideo (IMM) y el Instituto Nacional del Menor (INAME).

Informantes Calificados Entrevistados

Álvaro Arroyo – Consultor de la Oficina de UNICEF en el Uruguay.
Julio Bango – Presidente - Comisión de Infancia - Intendencia Municipal de Montevideo.
Eduardo de León – Investigador del Instituto IDES y del Programa MEMFOD (ANEP).
Rubén Kaztman – Programa IPES – Universidad Católica del Uruguay.
Javier Lasida – Director – Programa Projovent - Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
Gustavo Leal – Sociólogo - Director de la ONG El Abrojo.
Sergio Miglioratta – Director del Instituto Técnico de Rehabilitación Juvenil (INAME).
Renato Oppertti – Coordinador del Programa MEMFOD (CODICEN-ANEP).
Malena Pérez – Coordinadora del Programa Intercambios Uruguay/Canadá (Foro Juvenil).
Gonzalo Reboledo – Presidente – Comisión de Juventud – Intendencia de Montevideo.
Leticia Rieppi – Sociedad Uruguaya de Ginecología de la Infancia y la Adolescencia.
Omar Sellanes – Programa de Infancia y Adolescencia – Presidencia de la República.
Oscar Silveira - Director de Estudios - Instituto Nacional de la Juventud (INJU).
Fernando Traversa – Coordinador – Programa Jóvenes – Asociación Cristiana de Jóvenes.

Grupo Focal – Centros Juveniles - El Puente y Bella Italia

Martin Abelino Zeballo – 16 años.
Carlos Abella – 16 años.
Luis Ramos – 16 años.
Bruno Machado – 14 años.
Nicolás Arriola – 16 años.
Cesar Rodríguez – 12 años.
Fernando Carreras – 16 años.
Jimena Suarez – 15 años.
Joana Moreira – 15 años.

Grupo Focal – Jóvenes Trabajadores - Viveros El Pantanoso y El Prado

Carmen Bica – 24 años.
Diego Silveira – 26 años.
Ruben Méndez – 19 años.
Soledad López – 24 años.

Sebastián Fernández – 24 años.
Alvaro Rodríguez – 19 años.
Andrés Maciel – 18 años.
Gabriel Rodríguez – 19 años.

Grupo Focal – Jóvenes – Programa de Intercambios Uruguay/Canadá

José Aranaga – 23 años.
Valentina Lizazo – 18 años.
Victoria Estol – 20 años.
Omar Juambeltz – 21 años.
Juliana Morales – 19 años.

Integrantes del Consejo de la Juventud del Uruguay (CJU)

Sofía Laborde – Asociación Cristiana de Jóvenes – 18 años.
Santiago Marquez – Asociación de Internautas – 22 años.
Orlando Rivero – Asociación Mundo Afro – 26 años.
Valeria Kusminsky – Cruz Roja – 29 años.
Carlos García – Federación Rural de Jóvenes – 26 años.
Daniela Piffareti – Juventud del Partido Colorado – 28 años.
Natalia Runga – Federación Rural de Jóvenes – 22 años.
Maximiliano Skerij – Estudiantes Independientes – 27 años.
Juan Pablo Mac Donald – Federación Rural de Jóvenes – 22 años.
Valentina Coto – Comisión de Jóvenes del Frente Amplio – 16 años.
Martín Charuti – Unión de Jóvenes Comunistas – Frente Amplio – 27 años.
Francesca Accinelli – Asociación Cristiana de Jóvenes – 17 años.
Omar Pérez – Asociación Mundo Afro – 27 años.

18- Sitios Web de Interés Consultados para el Estudio

Asociación Cristiana de Jóvenes - www.acj-ymca.org
Asociación Nacional de ONGs – www.anong.org.uy
Consejo de la Juventud del Uruguay – www.cju.org
El Abrojo – www.elabrojo.org.uy
Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay – www.feuu.edu.uy
Foro Juvenil – www.forojuvenil.org.uy
Instituto Nacional de la Juventud - www.inju.gub.uy
Instituto Nacional del Menor – www.iname.gub.uy
Intendencia Municipal de Montevideo – www.imm.gub.uy
Presidencia de la República – www.presidencia.gub.uy
Programa Memfod (enseñanza media) – www.memfod.edu.uy
Programa Projoven (capacitación laboral) – www.projoven.gub.uy
Universidad de la República – www.rau.edu.uy/universidad